

Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

La más grande sepultura

Ha habido dos intentos fallidos de secuestrar a una pareja de importantes científicos con un propósito que en principio resulta sorprendente: obligarles a crear la fórmula de un antivirus, es decir, el remedio curativo contra cualquier virus que pueda afectar al ser humano. La pregunta es obligada: ¿por qué secuestrarlos y hacer de esa fórmula un secreto y una propiedad privada si se trata de algo que puede beneficiar a toda la humanidad? La respuesta es fácil: porque los canallas nunca traman nada bueno, así que tienen sus propios planes con respecto al antivirus.



Lou Carrigan

La más grande sepultura

Brgitte en acción - 444

ePub r1.1
Titivillus 04.12.2017

Lou Carrigan, 1989
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Brigitte
EN ACCION



Capítulo primero

Sentada al volante del coche alquilado la preciosa muchacha rubia vio por fin salir del edificio del aeropuerto al hombre que estaba esperando. Metro ochenta y seis, delgado y atlético, bronceado, rostro hermético, ojos oscuros… Un sujeto impresionante. Al parecer todo su equipaje consistía en una bolsa de viaje de piel.

El hombre caminaba con indiferencia precisamente hacia el estacionamiento de automóviles del Miami International Airport. La rubia sonrió, esperó a que él enfilase uno de los pasillos, y entonces hizo sonar brevísimamente el claxon. El recién llegado a Miami volvió la cabeza hacia allí, y sin titubeo alguno cambió la dirección de la marcha, directo hacia el coche a cuyo volante se sentaba la rubia.

Ésta se apeó, corrió a la portezuela del otro lado, la abrió, y preguntó, mirando con simpática picardía al hombre:

—¿Taxi, señor?

El rostro hermético del sujeto no se inmutó. Miró a la rubia, pero pareció talmente que ésta, en lugar de ser bellísima y tener un cuerpo escultural, fuese un objeto cualquiera perdido en el estacionamiento. Eso sí: llegó al coche, tiró su bolsa de viaje al asiento de atrás, y se acomodó en el asiento contiguo al del volante.

La rubia cerró la portezuela, volvió a ocupar su puesto ante el volante, y miró a su pasajero.

—¿Necesita alojamiento? —ofreció.

—Por supuesto.

—¿Barato, normal, o de lujo?

Él la miraba intensamente con sus negros ojos que parecían duras piedras.

—¿Qué me aconseja? —indagó.

—Bueno, yo creo que lo mejor siempre es lujoso. No por esnobismo, sino por pura y simple realidad. Quiero decir que la

vida es breve, y muchas veces hasta muy dura, y puestas así las cosas debemos vivirla lo mejor posible, ¿no le parece?

—Sin la menor duda. Es de necios vivir la vida lo peor posible. En cualquier caso la vida no siempre es breve: hay personas que viven muchos, muchísimos años.

—Sí, es cierto… Pero ése no suele ser el caso de los espías, señor, si me permite decirlo.

—Se lo permito, pero… ¿quién es aquí un espía?

La rubia abrió mucho los bellísimos ojos azules.

—¡A ver si me he equivocado de pasajero! —exclamó alarmada.

—Podría ser. ¿A quién estaba esperando?

—Al señor Clark Coleman, aunque posiblemente esté viajando con un pasaporte a nombre de Angelo Tomasini, procedente de Malta. El señor Coleman es un espía muy peligroso…, y todas sus señas físicas coinciden con las de usted. Me lo describieron muy bien…, pero quizá me he equivocado y no es usted Numero Uno.

—No se ha equivocado —dijo el viajero, con cierto tono socarrón—. Pero creo que debería llevarme ya a mi alojamiento. ¿Quedamos en que es de lujo?

—Más bien sí. Es un precioso *bungalow* en Indian Creek Drive, Miami Beach. Espacioso, sol todo el día, piscina, hermoso jardín… Una de las paredes del *bungalow* parece como tapizada de buganvillas. Es un lugar encantador, señor, se lo aseguro. Yo diría incluso que es un lugar maravilloso para pasar la luna de miel.

—Yo no estoy casado.

—Oh, yo tampoco, pero… Bueno, quiero decir que si necesita usted alguien con quien compartir tan encantador lugar yo podría… hacer el papel de novia durante unos cuantos días.

—Es decir, que estaría dispuesta a acostarse conmigo.

—Ya lo creo que sí, señor… ¡Encantada!

—Se entiende bien que si nos acostamos juntos no será para dormir solamente, sino también y preferentemente para hacer el amor.

—¡Ya no soy una niña, señor! He entendido perfectamente el asunto, y debo decirle que me encantará hacer el amor con usted. ¡Quién me lo había de decir! ¡Una pobre tonta como yo haciendo el amor nada menos que con el sin par espía y aventurero internacional Número Uno! Si me permite decirlo, señor, creo que

para mí va a ser toda una gozada. Quiero decir que espero pasarlo más que divinamente.

—No se puede decir que sea usted una persona difícil de entender, jovencita. Si todo el mundo tuviese las ideas tan claras como usted la vida sería mucho más sencilla. Y menos aburrida. En lo que a mí respecta, acepto el plan.

—Es usted muy amable, señor… Pero se me ocurre que en lugar de una rubita de ojos azules como yo preferiría usted acostarse con una morena.

—De ninguna manera —rechazó el imperturbable Número Uno —. Ya me he acostado con varias morenas estos días.

—¿Ah, sí?

—Claro que no. Era una broma.

—¡Pues es una broma que no me ha gustado nada! ¡Y todavía no me has besado!

Clark Coleman deslizó una mano por la mejilla izquierda de la rubia, la pasó a la nuca, e introdujo sus largos dedos fortísimos entre el cabello. Atrajo el rostro suavemente, y besó los labios que se le ofrecían. El beso duró una eternidad, hasta que ella puso su mano derecha sobre un muslo de él y con la izquierda agarró su muñeca. Él apartó su boca entonces, y susurró:

—Te amo.

—Oh, Dios mío —gimió ella—… ¡Somos un par de tontos!

—Claro que no —sonrió él, apartándose—… Sólo somos un par de espías comediantes.

La volvió a besar, si cabe más larga e intensamente que antes. Por fin, ella tuvo que apartar la boca para tomar aire, suspiró, y puso el coche en marcha. Señaló la tapa de la guantera, y él la alzó, vio el sobre, y lo tomó. Lo abrió y sacó su contenido: seis fotografías, pertenecientes a dos personas.

—Ha sido todo un poco… extravagante —explicó ella—. ¿Conoces a las personas de las fotos?

Número Uno miró atentamente las fotografías, intrigado por cierto tono especial de ella. Tres de las fotografías correspondían a un hombre, al que se veía de frente y los dos perfiles. Era un sujeto como de sesenta y cinco años, de cabellos y barba blancos, frente despejada, facciones viriles, ojos negros. Las otras tres fotografías correspondían a una mujer que podía tener unos sesenta años. Era

muy hermosa, de facciones eslavas, ojos azules. Sus cabellos claros mostraban algunas encantadoras mechas blancas, que le conferían un aspecto bello, interesante y digno.

—No —murmuró por fin Uno—… No los conozco.

—Pero… ¿no te parecen una pareja encantadora?

—Lo parecen… ¿Lo son?

—No estoy muy segura. Lo cierto es que ambos son químicos, y trabajan para el Gobierno de los Estados Unidos. Ella se llama Margaretta Rossman, y él Alvin Lutz.

—¿En qué están trabajando exactamente? ¿En armas químicas o bacteriológicas?

—Nada de eso…, según parece. Están trabajando precisamente en lo contrario, esto es, en investigaciones sobre vacunas y sueros curativos de afecciones diversas.

—Oh, qué emoción.

—No seas sarcástico —rió ella—. Bueno, el caso es que al profesor Lutz y a la doctora Rossman han intentado secuestrarlos dos veces.

—¿Quiénes lo han intentado?

—No lo sabemos…, pero nos gustaría saberlo. Se nos ha ocurrido que quizás insistan en secuestrarlos. Y ojalá sea así.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Parece evidente que alguien quiere disponer de expertos en química; y no de unos expertos cualquiera, sino de primerísima categoría, como son la doctora Rossman y el profesor Lutz. Sería muy tranquilizador que insistieran en secuestrarlos a ellos, porque eso significaría que no habían secuestrado a otros químicos en cualquier otro país. ¿Comprendes?

—Espero que sí: sea lo que sea lo que estén tramando cabe suponer que pueden llevarlo adelante lo mismo con Lutz y Rossman que con otros dos químicos de alto nivel. Y si hubieran secuestrado a otros dos significaría que la CIA no dispondría de pista alguna de los secuestradores, y por tanto se hallaría imposibilitada para saber qué están tramando…, que seguramente no es nada bueno.

—Exactamente. Así que, por si todavía no han secuestrado a otros químicos la CIA ha pensado… facilitarles el tercer intento con Margaretta Rossman y Alvin Lutz.

—Es decir, que la CIA pretende colocar a esos dos químicos

como cebo.

—Sí.

—Y a la agente Baby como trampa. Es decir, que cuando los secuestradores lo intenten por tercera vez los capturarás. La verdad, a mí eso me parece muy ingenuo por parte de la CIA.

—Tal vez por eso la agente Baby se ha procurado la ayuda de Número Uno, a quien no es fácil engañar.

—Tú no necesitas mi ayuda para nada.

—¿No quieres acompañarme en este asunto?

—¿Qué pasa si no acepto?

—Bueno, mi amor, o hacemos eso o la CIA tendrá que resignarse a ignorar qué están tramando las personas que por dos veces intentaron llevarse a Rossman y Lutz. Así que la idea genial final ha consistido en conceder a ambos científicos unas… relajantes vacaciones en las Bahamas lejos del mundanal ruido. Y de incógnito, claro está.

—O sea, que oficialmente parecerá que todo se realiza en secreto, que el Gobierno de los Estados Unidos no quiere que nadie sepa que dos de sus mejores químicos subvencionados se toman unas vacaciones. Al mismo tiempo, la CIA, o cualquier organismo competente para el caso, se encargará de deslizar la información de que Lutz y Rossman van a estar unos cuantos días en tal sitio de las Bahamas…, para ver si los secuestradores lo intentan de nuevo.

—Sí, exacto.

—Brigitte, eso es de una ingenuidad infantil.

—Ya lo sé, pero insisto en que o lo hacemos o perdemos la pista por completo. ¿Quiénes han intentado secuestrarlos antes, por qué, qué están tramando y contra quién…? Tiene que ser algo malo, mi amor.

—Seguramente —admitió Uno—. ¿Cuándo llegarán Lutz y Rossman a las Bahamas?

—Se está montando la farsa para la semana que viene.

—Y hasta entonces tú y yo vamos a estar juntos, tranquilos, en una casa con jardín, sol y piscina.

—Sí.

—Y luego nos vamos a las Bahamas a esperar convenientemente camuflados cerca de Lutz y Rossman a que los secuestradores intenten de nuevo llevárselos.

—Ésa es la idea de la CIA —sonrió Brigitte.

Número Uno frunció el ceño, y miró directamente a los ojos a Baby, que desvió un instante hacia él su azul, luminosa, sonriente mirada.

—¿Y cuál es tu idea? —inquirió él.

—Digamos —se echó a reír la rubia— que tú y yo disponemos nada menos que de toda una semana para estar juntos mientras pensamos algo que pueda mejorar la idea de la CIA.

—Eso no será difícil. Los de la CIA cada día son más obtusos. Pero en fin, al menos te dejarán tranquila una semana…

—Que tú y yo dedicaremos a amarnos intensamente.

—Para eso no necesitamos la ayuda de la CIA. Y hablando de amor y de relaciones humanas…, ¿qué son entre sí Alvin y Margaretta? ¿Matrimonio, pareja, socios…? Porque si han intentado secuestrarlos a los dos debo entender que estaban juntos. ¿O no?

—Sí, siempre están juntos. Pero no están casados. Son una pareja, simplemente… Como nosotros.

—De todos modos, a los secuestradores esas vacaciones en las Bahamas les van a parecer sospechosas, tras dos intentos de secuestro.

—Nada de sospechosas: son las vacaciones de luna de miel. Resulta que Alvin y Margaretta han decidido casarse, y se van unos días de luna de miel a las Bahamas. ¿Qué tiene eso de sospechoso?

—Visto así… Pero habrá que contar con ellos, si han de servir de cebo, ¿no te parece? ¿Han aceptado el asunto? Porque no es tan sencillo servir de cebo deliberadamente: hay que tener buenos nervios, valor, serenidad… No todo el mundo tiene esas cualidades.

—Pero quizá las tengan Margaretta y Alvin.

—De acuerdo, quizá las tengan.

Número Uno volvió a mirar las fotografías de Alvin Lutz y Margaretta Rossman. ¿Por qué no? El valor es algo curioso, que aparece cuando menos probable parece. No es que unas personas sean cobardes y otras valientes. Sólo se trata de circunstancias. La misma persona puede ser valiente hoy y cobarde mañana. Nadie es siempre valiente o siempre cobarde. Depende.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Brigitte.

—En amarnos a la luz del sol y luego a la luz de la luna.

* * *

Ella le besó en los labios, y luego rió quedamente. Al amplio dormitorio con salida al jardín llegaba desde éste el resplandor de la luz de la luna sobre el césped.

—¿De qué te ríes? —preguntó Uno.

—De ti, porque siempre consigues lo que quieres: deseaste que hiciéramos el amor a la luz del sol y luego a la luz de la luna, y lo has conseguido.

Uno giró en el lecho de modo que pudo alcanzar a besar los senos de Brigitte, que se estremeció. Desde el jardín llegaba como el recuerdo del perfume de las flores ahora dormidas. Había sido un hermoso día de sol, de amor, de piscina, de flores, champán, caviar, besos, caricias y luna…

—Me pregunto —susurró Uno— si resistiré toda una semana como el día de hoy.

—No exageres. Aunque comprendo que no es fácil aguantar toda una semana a este ritmo sexual…

—No me refería eso, sino a la felicidad que me proporcionas con o sin sexo.

—Ah. Ahora sí eres tú. Frases como ésta compensan del mucho tiempo que permaneces callado… y hacen que te ame más que a mi propia vida.

—Yo te amo a ti más que tú a mí.

—Tal vez —suspiró Brigitte—. Pero no vamos a discutir eso esta noche. Dejaremos semejante discusión para cuando seamos un par de ancianos, y no estemos en condiciones de dedicarnos a otra cosa.

Capítulo II

—¡Casarnos a nuestra edad! —protestó ella una vez más—. ¡A mí sigue pareciéndome una tontería, Alvin!

—¿Y eso por qué? Ya lo discutimos lo suficiente antes de hacerlo, ¿no es cierto? Ahora estamos de luna de miel, y no me parece que vaya a ser muy agradable si nos pasamos el tiempo discutiendo.

—¿Por qué teníamos que casarnos para tener una luna de miel? Hace muchos años que vivimos juntos, y nunca hemos necesitado que nadie nos diera permiso para eso, ni para amarnos.

—Eso es cierto —reflexionó Alvin Lutz—, pero no creo que estar dentro de las formalidades de la sociedad de la cual formamos parte vaya a perjudicarnos.

—¡Tonterías!

—Querida —le tomó él una mano—, ¿no podríamos dejar de discutir y disfrutar de la belleza que nos rodea?

—¿Cuál belleza?

—¡Mujer…! El cielo, el mar, y todo eso…

—Alvin Lutz —le miró ella severamente—: me parece que ya sé por qué has querido casarte conmigo.

—¿Por qué?

—¡Porque estás haciéndote viejo, te estás quedando ciego, y has querido asegurarte mi compañía y mis cuidados!

—¡Yo no estoy viejo, y ni mucho menos me estoy quedando ciego! Te aseguro que puedo ver dos bacterias bailando.

—¡No digas más tonterías!

A los mandos del hidroavión, el piloto tenía que hacer verdaderos esfuerzos para no reír continuamente. Había conocido gente simpática y pintoresca en su vida, pero nadie tan vital como los pasajeros que había recogido en el Miami International Airport la madrugada pasada.

Las cosas habían ido así: a las tres de la madrugada había ido al aeropuerto de Miami con un automóvil, y había recogido a los pasajeros cuyas señas físicas se le habían facilitado por teléfono. Los había llevado en el coche hasta una lancha, donde los recién llegados descansaron unas horas. Hacia las nueve y media, él había zarpado en dirección este, y apenas había recorrido cinco millas cuando apareció el hidroavión. Él detuvo los motores de la lancha, y el hidroavión amerizó y maniobró sobre las aguas hasta quedar junto a la inmóvil embarcación.

Entonces, se produjo el cambio: el piloto del hidroavión pasó a la lancha, cargado con material de disfraz, es decir, pinturas y otros pequeños objetos que necesitaría para cambiar el nombre y distintivo de la lancha y transformarla un poco con algunas pintadas en la cabina. Con esa lancha ya transformada, el hombre debía llegar a Miami, amarrar la lancha, y desaparecer.

Mientras tanto, simplemente, el hombre que había recibido a Lutz y Rossman en Miami tenía que hacerse cargo del hidroavión, y volar en dirección a las Bahamas, antes de llegar a las cuales aparecería otra lancha a la que deberían trasladarse sus pasajeros.

Pero hasta entonces, el piloto se lo estaba pasando divinamente escuchando las conversaciones de los dos ancianos. Bueno, digamos de las dos personas mayores, porque ancianos, lo que se entiende por ancianos, esto es, personas con señales visibles de decrepitud física, no lo eran. La persona o personas que habían movilizado agentes de la CIA para todo aquel juego había liado y reliado las cosas, pero al menos el piloto del hidroavión lo estaba pasando de maravilla.

Cosa que nunca se le habría ocurrido cuando vio a los dos ancianos descender del avión en el Miami International. Ella era de estatura elevada, y se mantenía erguida y orgullosa; cierto que sus cabellos eran grises, que sus facciones ya no mejorarían ni recuperarían su tersura por mucho jabón Lux que utilizaran, y cierto que usaba unos graciosos lentes de cristales redondos, pero vamos, llamarla anciana se hacía difícil, y era además una injusticia. En cuanto a él, a Alvin, era más pintoresco que ella, vaya que sí. Era muy alto, pero los años lo habían encorvado, y eso parecía tenerlo sumamente cabreado en todo momento. Utilizaba bastón, daba algún tropezón de cuando en cuando, y, así como ella

(Margaretta, vida mía, la llamaba él) tal vez pudiese prescindir de los lentes en determinado momento, él no podría, pues era miope en un grado deplorable. Llevaba unas gafas de montura de concha y gruesos cristales que destacaban en su rostro y su barba y cabellos blancos talmente como si se trataran de un antifaz.

Realmente peculiares uno y otra.

Y en viaje de luna de miel. Chocante. Y simpático, en verdad.

Eso pensaba el agente de la CIA que pilotaba el hidroavión mientras escrutaba la distancia a la espera de ver aparecer la lancha, pues ya se estaban aproximando a la zona convenida para el encuentro. No se podía decir que sus pasajeros no hubieran tomado precauciones para llegar de incógnito a las Bahamas, ciertamente.

—Y además —dijo Alvin de pronto, tras un par de minutos de silencio—, si hemos de tener hijos es preferible que estemos casados.

—¡Alvin Lutz! —Respingó Margaretta—. ¡No seas salvaje! ¡No vamos a tener ningún hijo!

—No sabía que tener hijos fuese de salvaje.

—¡Yo no he dicho semejante cosa! —protestó Margaretta.

—Me parece que sí lo has dicho.

—¡No lo he dicho de ninguna manera! Tienes que haber entendido perfectamente que he querido decir que sería una salvajada tener un hijo a mi edad.

—¿Qué le pasa a tu edad?

El piloto tuvo que morderse los labios para no soltar la carcajada. Según tenía entendido aquel par de personas eran auténticas lumbreras de la Química, al servicio del Gobierno de los Estados Unidos de América. Se preguntó cómo serían en pleno trabajo…, y en ese momento divisó la embarcación. Es decir, lo primero que vio fue la raya de blanca espuma en el azul del mar.

—Me parece que ya la tenemos ahí —dijo en voz alta—. Prepárense para el transbordo.

La lancha divisada era la que esperaban, pues cuando la sobrevolaron muy cerca el piloto hizo las señales convenidas con los brazos. Poco después, se realizaba la operación de desembarque, más sencilla que la de embarque. Simplemente, el profesor Lutz, la doctora Rossman, y su equipaje, pasaron a la nueva lancha, que los acercaría definitivamente a las islas Bahamas; concretamente a New

Providence.

—Ha sido usted muy simpático y amable —se despidió Margaretta del piloto del helicóptero—. Espero que volveremos a vernos.

—Yo también lo espero, señora —sonrió el piloto.

—¿Sí? —Gruñó Alvin Lutz—. ¿Por qué?

—Porque sería señal de que todo habría salido bien, y estaría encargado de llevarlos de regreso a Miami. Les deseo mucha suerte.

—No hay para tanto —sonrió Margaretta—: sólo vamos en viaje de luna de miel.

El piloto movió la cabeza, terminó la despedida, y poco después despegaba. Hizo una pasada sobre la lancha, sacando un brazo para despedirse de su compañero de la CIA que la pilotaba, y emprendió regreso a Miami. En la lancha, el nuevo conductor de la pareja de científicos miraba divertido a éstos, que permanecían de pie, sujetos a la borda, y aspirando con fruición la brisa marina.

—Caramba —dijo él—… ¡Caramba!

—Vale la pena, ¿verdad? —dijo ella—. ¡Alvin, este aroma no lo tenemos en el laboratorio! ¡Es delicioso!

—¿Ves cómo valía la pena casarse y hacer el viaje, mujer?

—¡Tú no has querido hacer este viaje para que yo disfrute oliendo el mar!

—¿No? ¿Pues por qué he querido hacerlo?

—Para disponer de toda una semana entera de tiempo libre a fin de hacerme el amor. ¡Eres un viejo libidinoso, Alvin Lutz!

—Margaretta, que no estamos solos.

El piloto de la lancha se echó a reír.

* * *

Uno de los tripulantes del yate descendió al salón de éste, se plantó delante del gordísimo sujeto, y dijo:

—Se ha producido un encuentro entre la lancha en cuestión y un hidroavión, *Mr*. Lawrence.

—¿Ah, sí? —Alzó el gordísimo la cabeza—. ¿Y qué ha pasado?

—Estábamos a mucha distancia, siguiendo las órdenes de usted, pero con los prismáticos especiales hemos visto a dos personas pasando del hidroavión a la lancha. El hidroavión ha emprendido el

regreso a la costa, y la lancha, evidentemente, navega hacia las Bahamas. La estamos siguiendo de nuevo por medio de la emisión de señales del aparato que le colocamos.

El gordísimo asintió, y volvió a dedicar su atención, al menos en apariencia, al juguete electrónico que tenía en sus manos más que rechonchas. En la diminuta pantalla del juguete, dos púgiles se atizaban mamporro tras mamporro, marcando cada cual su puntuación en el *display*. Durante más de dos minutos el gordísimo llamado *Mr*. Lawrence insistió en el juego, haciendo sumar puntos a los dos contendientes.

De pronto alzó la mirada, y murmuró:

—De acuerdo, Hugh. Vuelve a tu puesto, y aseguraros de que no perdemos el contacto con el emisor que colocamos en esa lancha.

—Sí, *Mr*. Lawrence.

Hugh regresó a cubierta, y *Mr*. Lawrence todavía estuvo tres o cuatro minutos sacrificando a los dos diminutos púgiles electrónicos. Luego se puso en pie trabajosamente, y enfiló el pasillo del yate, por el cual apenas podía pasar, pues sus mantecas eran todo un prodigio de tamaño. Talmente parecía que en cada cadera llevase injertado un borrego, y, en cuanto a su barriga, podía albergar cómodamente una vaca…, exagerando un poco, claro.

Brincando, saltando y casi restallando sus enormes magras, *Mr*. Lawrence llegó ante la puerta de un camarote, que empujó sin ceremonia alguna. En la litera había un hombre y una mujer haciendo el amor. Tal vez oyeron a *Mr*. Lawrence, tal vez no, pero lo cierto es que continuaron entusiasmados con su tarea.

Mr. Lawrence se sentó en un taburete, cosa que habría producido el pasmo a cualquiera, encendió un cigarrillo, y dijo:

—Al parecer los dos científicos han llegado, tal como anunciaban las noticias del continente. De todos modos tendremos que asegurarnos de que son ellos y de que no se trata de ninguna trampa.

No le hicieron ni caso. Estuvo unos segundos fumando, frunció el ceño, y continuó:

—A decir verdad, es todo tan simple que me resisto a creer que haya alguna trampa. Veamos: Alvin Lutz y Margaretta Rossman deciden casarse después de tantos años de relaciones profesionales y personales. Y eligen las Bahamas para pasar unos cuantos días en

luna de miel. A nosotros nos informan de esto nuestros rastreadores, e inmediatamente, nos ponemos a vigilar al agente de la CIA residente como jefe en las Bahamas, y le ponemos un emisor en su lancha. Esta mañana, el agente de la CIA zarpa de Nassau, y nosotros detrás de él manteniéndonos a distancia pero vigilándole visualmente con los prismáticos y acústicamente con el receptor de señales del emisor. Y hace unos minutos sucede: aparece un hidroavión, dos personas pasan de éste a la lancha del agente de la CIA Jason Fallik, el hidroavión regresa al continente, y la lancha navega en estos momentos hacia las islas. Sólo tenemos que saber adónde va esa lancha, cosa facilísima por medio de las señales que recibimos, y sabremos dónde van a pasar su luna de miel los dos químicos. ¿No es tranquilizadoramente fácil?

En el lecho se produjo como un estallido, dos personas suspiraron, bramaron, volvieron a suspirar, y se relajaron lentamente. Luego, ambos se sentaron en el borde del lecho, y se quedaron mirando a *Mr*. Lawrence, que los contemplaba afablemente. Era una pareja impresionantemente bella, él rubio, ella pelirroja. Él lleno de músculos, ella de curvas turgentes. Los dos eran sencillamente encantadores. Él se llamaba Smart, y ella Janice. Eran dos asesinos profesionales.

—¿Decía usted algo, *Mr*. Lawrence? —indagó Smart.

—Que todo está saliendo bien. ¿Marta y Wanda están en el otro camarote?

—Ni idea. Usted debe de saberlo mejor que nosotros.

—Bueno, puesto que no las he visto por parte alguna deben de estar en el camarote. Me pregunto, Smart, si te molestaría que me acostara con ellas para gozar un rato mientras regresamos a Nassau.

—Usted nos paga, *Mr*. Lawrence —sonrió simpáticamente Smart —. ¿Por qué habría de molestarme? Ni a mis chicas tampoco. ¿Verdad, Janice?

—Claro que no —aseguró la espléndida pelirroja—. Estoy segura de que Wanda y Marta le acogerán cariñosamente y le harán pasar un buen rato.

Mr. Lawrence sonrió complacido, se puso en pie, y abandonó el camarote, para entrar acto seguido al siguiente del mismo lado. Dentro de éste, dos preciosas rubias desnudas estaban sentadas en el lecho, con las piernas cruzadas, fumando y jugando a los naipes. Lo

miraron, sonrieron, y continuaron jugando.

—Me parece que tendréis que entrar pronto en acción, porque todo está saliendo bien, por el momento —dijo *Mr*. Lawrence, acercándose a ellas—. Me preguntaba si hasta que llegue ese momento querríais ser amables conmigo.

—¿Quiere decir hacer el amor con usted? —inquirió Wanda.

—Le sentará muy bien —rió Marta—… La verdad es que empezábamos a estar mosqueadas con usted precisamente por no pedirnos nada de eso. No es normal, ¿sabe?

—Estaba demasiado preocupado por todo esto —*Mr*. Lawrence se pasó una regordeta mano por su calva cabezota tostada por el sol de lujo de las Bahamas—, pero después de esta espera y estar convencido de que las cosas van a salir bien esta vez creo que me merezco algo bueno.

—Pues lo va a tener —rió Wanda.

—Y no olvide —le amenazó Marta con un encantador dedito lacado— que nosotras y Smart no intervenimos las otras veces de las que usted habla. Ya verá cómo en esta ocasión, sea lo que sea lo que usted desee, nosotros cuatro se lo conseguiremos.

—Eso espero. Pero mientras tanto…

—Mientras tanto —volvió a reír Wanda—, puede empezar a quitarse los pantalones. ¡Usted, *Mr*. Lawrence, es el amo en este yate!

* * *

Finalmente, la lancha se detuvo en el embarcadero ubicado entre cocoteros como si se pretendiera camuflarlo. Todo allí, en Paradise Beach, parecía tener la pretensión de pasar desapercibido; pero no por temor, ni mucho menos por modestia, sino por tranquilidad.

Paradise Beach era una hermosa playa rosada sita al norte de la isla de Hog Island, que prácticamente forma parte de la de New Providence, separada de ésta por un estrecho paso de apenas un cuarto de milla. Aquí, en Paradise Beach, se había construido hacía tiempo una discretísima urbanización de preciosas casitas separadas por abundantes cocoteros y macizos de flores con predominio de hibiscos. El mar era de una transparencia sencillamente insuperable, la playa estaba limpia, no había ruidos ni molestias de ninguna

clase.

—¡Qué lugar tan encantador! —exclamó Margaretta Rossman al verlo, todavía acercándose la lancha al embarcadero.

—Seguramente hay mosquitos —dijo Alvin Lutz.

—¡Ya has tenido que decir una de las tuyas! ¡No hay mosquitos en este lugar!

—¿Cómo lo sabes?

—¡Porque en un lugar tan hermoso no puede haber mosquitos!

—¿De veras? Pues te diré una cosa: el mundo no ha sido hecho sólo para nosotros, en contra de lo que muchos papanatas piensan, sino también para el resto de seres y formas vivientes que lo pueblan. Así que quizás a ti te parezca que un mosquito no tiene derecho a habitar este lugar, pero seguro que el mosquito piensa de otro modo.

—Está bien, de acuerdo. ¡Tienes razón! Pero… ¿qué nos importa a nosotros que haya mosquitos o no?

—Mientras no nos acribillen a picotazos a mí me da lo mismo, desde luego. ¿Pusiste en el equipaje repelente para mosquitos?

—¡Claro que no!

—Me lo temía.

—¿Qué quieres decir con eso?

La lancha estaba ya detenida en el embarcadero, y el agente de la CIA Jason Fallik contemplaba con amable ironía a sus protegidos, esperando que se dignasen prestarle atención, cosa que no parecía probable, por el momento. De modo que dijo:

—Hemos llegado.

—¿Adónde? —Se revolvió Margaretta contra él.

—A destino —el espía rió amablemente—… Espero que disfruten plenamente de una tranquila luna de miel.

—Oiga —le apuntó Alvin con un dedote nudoso—, cachondeos no, ¿de acuerdo? Si tiene ganas de cachondeo búsquese una novia tonta.

Jason Fallik volvió a reír, saltó al embarcadero, agarró los cabos que previamente había lanzado, y amarró la lancha en su pilastra. Se veían en el embarcadero quizás una docena de lanchas de diferentes formas, tamaños y colores, aunque predominaba el blanco.

Alvin Lutz ayudó a Margaretta Rossman a saltar al embarcadero,

y le pasó su maletín de viaje. Luego, entre él y el agente de la CIA desembarcaron el equipaje de los viajeros, y, cargando con la mayor parte el espía se encaminaron por entre arbustos floridos y cocoteros hacia una de las casas deliciosamente rodeada de jardín.

No se oía el vuelo de un mosquito, y apenas el leve rumor de las aguas de Paradise Beach, en aquellos momentos de mediodía casi tan quietas como un espejo.

—Todo el mundo debería ser así —susurró Margaretta.

—Eso sí —admitió Alvin.

Llegaron a la casa, cuya puerta abrió Fallik, cediendo el paso a los dos científicos. Había dentro de la casa un silencio y una quietud de gran belleza. Cortinas de blanca transparencia, jarrones con flores, persianas cómplices del sol, mobiliario alegre… Tres grandes dormitorios en un lado, y dos más pequeños cerca de la cocina. Un salón enorme. Un despacho. Cuatro cuartos de baño en total. Terraza. Sol por todas partes.

—Oh, Dios mío —suspiró Margaretta.

Alvin no comentó nada. En la parte de atrás de la casa hubo un rumor que todos identificaron como perteneciente a un automóvil, y se detuvieron en su recorrido.

—Deben de ser Bill y Mirna, sus criados —dijo Jason Fallik—… Iré a asegurarme.

Lo dijo palpando instintivamente con el codo que la pistola estuviese en la axila, en su funda. Pero efectivamente eran los dos criados especiales, Mirna y Bill, que tal vez no se llamasen así, pero que bien poco importaba. Los dos parecían bellísimas personas incapaces de matar una mosca, él más bien bajito, algo barrigón y de aspecto en verdad seráfico; ella más bien alta, delgada, de cara larga y casi fea, y sonrisa de niña pobre a la que le ha tocado un premio.

—No nos ha parecido conveniente poner más personal en la casa sólo para ustedes dos —explicó Fallik, tras las presentaciones—. Resultaría sospechoso.

—La verdad es —dijo Margaretta— que Alvin y yo podríamos arreglárnoslas solos.

—Nada de eso —rechazó de plano Fallik—. Ni soñarlo, vamos. No van a quedarse solos de ninguna manera.

—Pues el caso es —dijo Alvin— que una luna de miel de cuatro

personas tampoco parece muy adecuado.

—Tranquilos —rió Fallik—. Ya verán cómo ni siquiera se dan ustedes cuenta de que Mirna y Bill están por aquí. Y no se preocupen que no los espiarán durante sus expansiones. No han venido aquí para eso. Bien… ¡les deseo una felicísima luna de miel!

Capítulo III

De repente Margaretta abrió los ojos, y se quedó mirando la blancura del techo, tamizada de gris por el resplandor de las estrellas en el exterior. No había luna, sólo estrellas.

Margaretta giró cautelosamente en la cama, y tocó a Alvin en un brazo.

—Alvin —susurró.

—Estoy despierto —susurró también Alvin.

—¿Has oído?

—Sí.

Permanecieron inmóviles en el lecho, escuchando durante unos segundos. Luego ambos saltaron de aquél, Alvin encendió la luz de su mesita de noche, y fue a abrir el armario. Margaretta, en camisa de dormir, acudió junto a él, y ambos comenzaron a sacar ropas del armario…

De repente, terminaron de abrirse las puerta-ventanas que daban al jardín, y aparecieron velozmente dos hombres-rana en el amplio dormitorio, empuñando pistolas con silenciador, que apuntaron a los dos científicos. Uno de ellos ordenó, amablemente:

—No se muevan.

Margaretta se volvió, puso cara de fastidio, y exclamó:

—Oh, no… ¡Otra vez no!

Fuera del dormitorio se oyó un breve estampido ahogado. Los intrusos no eran masculinos ambos, ahora se distinguía perfectamente que uno era una mujer, debido a la forma de su pecho, que ni siquiera el negro traje de goma para bucear podía disimular. Una espléndida mujer, acorde con el magnífico atleta que la acompañaba, y que dijo:

—Ve a asegurarte de que todo va bien, que no estén las dos en dificultades.

—No pierdas de vista a estos dos tortolitos —rió la mujer-rana.

Por supuesto no llevaba el tubo a la espalda, ni los pies natatorios de goma, sino solamente el traje, que todavía se veía húmedo. Salió del dormitorio. El hombre, cuya cabeza ceñía la capucha de goma, contemplaba socarronamente a los dos científicos.

—Prepárense para venir con nosotros. Esta vez no se van a librar.

—¿Usted es quien quiso secuestrarnos las otras dos veces? —preguntó Margaretta.

—Si yo hubiera querido secuestrarlos antes, ustedes no habrían podido librarse de ello. Pueden llamarme Smart. Les sugiero que aprovechen estos segundos de espera para recoger algo de ropa. Van a hacer un viaje.

—¿Y no podríamos vestirnos ahora? —pidió Margaretta.

—Por mí puede empezar cuando quiera, pero en el momento en que regresen ellas nos vamos. Lo mejor es que recojan sus cosas, simplemente.

—¿Quiénes son ellas? —inquirió Alvin.

—Janice, Wanda y Marta. Son mis socias en cosas como ésta. Nos lo pasamos bien, y sin grandes problemas. Es que nadie espera que tres preciosidades como ellas sean unas canallitas, ¿comprenden?

—¿Y usted quién es? —preguntó Margaretta, dejando una maleta abierta sobre la cama.

Smart lanzó una simpática carcajada.

—¿Yo? ¡Un aventurero sin escrúpulos!

—Oiga —dijo Alvin—: parece como si estuviera usted rodando una película. ¿Seguro que esto no es una broma?

—No seas tonto —se irritó Margaretta—… ¿Cómo va a ser una broma? ¡Es la tercera vez que intentan secuestrarnos! Y me parece que esta vez nadie va a sacarnos del apuro. Será mejor que recojas tus cosas, Alvin Lutz.

—Está bien, mujer, está bien, no tengo ganas de discusiones.

Smart los miraba con expresión desconfiada ahora. Todo estaba resultando tan fácil que, simple y lógicamente, era increíble. Él y sus chicas habían llegado hasta la playa nadando desde una lancha que habían dejado anclada poco más de un cuarto de milla mar adentro, lugar al que habían llegado remando, a fin de no delatarse

con el ruido del motor. Ningún problema al llegar a la playa, muy cerca del embarcadero, y ningún problema al recorrer el jardín y entrar en la casa, por dos sitios diferentes: él y Janice por el dormitorio de los científicos, y Marta y Wanda por una ventana de la parte de atrás, es decir, la que daba a la avenida central de la recoleta y exclusiva urbanización.

Janice apareció en la puerta del dormitorio.

—Todo está bien —dijo—. Los dos criados se habían encerrado en su dormitorio, y las chicas les han echado gas por debajo de la puerta. Ahora están echando un vistazo por toda la casa. Terminarán enseguida.

Smart asintió, y volvió a mirar con desconfianza a Alvin y Margaretta, que estaban llenando cada uno una maleta con sus cosas. Margaretta mostró en alto un maletín de viaje, y dijo:

—Pusimos nuestras cosas en el cuarto de baño. ¿Podemos recogerlas?

—Acompáñalos —dijo Smart, haciendo un movimiento de cabeza—… Maldita sea, no estoy tranquilo, no me fío de esto… ¡Está resultando demasiado fácil! Aquí hay algo extraño.

—Ellos tienen que saber si hay más personal o no custodiándolos, naturalmente —dijo Janice.

—Están ustedes rodeados —dijo Alvin.

—Calla, tonto, que se van a asustar y podrían dispararnos. No le hagan caso, no es cierto.

Smart y Janice se los quedaron mirando especulativamente. Tenían la vaga sensación de que no eran ellos quienes dirigían el juego, sino que, simplemente, formaban parte de él. Janice siguió a los dos científicos al cuarto de baño, y les estuvo mirando mientras recogían las cosas de los estantes de cristal y las iban colocando en sus maletines de viaje.

—No me gusta esto —apareció Smart en la puerta del cuarto de baño—… ¡No es creíble! ¿Cómo es posible que después de dos intentos de secuestro solamente les asignen un par de criados para acompañarles?

—Llevamos dos días vigilándolos y no hemos visto a nadie más por aquí —dijo Janice—. Tal vez han creído que era más seguro esto que montar una guardia llamativa alrededor de ellos.

—Usted sí que es lista —la miró Margaretta.

—Desde luego lo es mucho más que tú —se le encaró Alvin—… ¡Ya te dije que se las arreglarían para localizarnos fuésemos adonde fuésemos! Pero tú, terca como siempre, dijiste que no querías a nadie en tu luna de miel y que…

—Cállense los dos —dijo secamente Smart—. Y terminen de una vez. ¡Vamos, dense prisa!

Alvin y Margaretta se apresuraron, terminaron de recoger sus cosas, y salieron del cuarto de baño. Smart estaba en el centro del dormitorio, siempre desconfiado. Se oyeron unos pasos fuera, y el atleta apuntó su arma hacia la puerta, por la que aparecieron las encantadoras Wanda y Janice, ambas igualmente equipadas con traje de buceo, y cada una provista de una pistola con silenciador y un macuto impermeable cruzado sobre sus pechos.

—No hay nadie más en la casa. Todo está tranquilo —dijo Wanda.

—Pues vámonos. Utilizaremos la lancha en la que ellos han estado paseando estos días para llegar hasta la nuestra. Venga, todos al embarcadero.

—Mis lentes —dijo Margaretta.

—Ya decía yo que me olvidaba algo —exclamó Alvin.

Los cuatro secuestradores los miraron aviesamente; presentían algo que les producía una inquietud inevitable. Smart soltó un gruñido, y salió del dormitorio directo al jardín, es decir, utilizando el camino de llegada. No se veía a nadie, no había nada que sugiriese tan sólo cualquier contrariedad.

Janice salió tras él, llevando detrás a Margaretta y Alvin, a los que empujaban sin brusquedades Marta y Wanda.

—Hemos debido vestirnos —dijo Margaretta—. Tengo un poco de frío.

—Cállese —ordenó Wanda.

—Deprisa —dijo Smart—: ¡al embarcadero!

Echaron a andar, casi corriendo, empujando ahora sin miramientos a los dos científicos.

La playa estaba muy cerca, y el embarcadero ni siquiera debía de distar unos sesenta metros a la izquierda.

Fue entonces cuando sonó nítidamente la voz de un hombre al que nadie pudo ver por el momento:

—¡Quietos todos ahí! ¡Están rodeados!

Janice y las otras dos chicas respingaron. Smart se volvió hacia el lugar donde había sonado la voz, y disparó por tres veces, rápidamente… Por entre los chasquidos de los disparos se oyó una exclamación de dolor. Janice se apresuró a colocarse detrás de Margaretta, a la que retuvo sujetándola por la cintura con un brazo.

En ese mismo instante, sonaron en la oscuridad algunos disparos igualmente con silenciador, y Smart lanzó una maldición horrenda y cayó girando sobre la arena, perdiendo la pistola y llevándose las manos a la herida recibida en el muslo derecho.

—¡Dejen de disparar o la mato a ella! —advirtió Janice—. ¡Arrojen sus armas! ¡Y vosotras, controlad al profesor!

Comprendiendo lo conveniente de la jugada Wanda y Marta se apresuraron a obedecer a Janice, y se escudaron en Alvin Lutz, el cual gritó:

—¡No disparen, no disparen! ¡Matarán a Margaretta…!

No se oyó nada más. Salvo, enseguida, los gruñidos de Smart, que tras recoger su pistola se puso en pie, lanzando ahora maldiciones. Todos habían comprendido que la jugada de Janice había sido decisiva, y, aunque sin abandonar las precauciones y sin que Janice dejase de amenazar a la doctora, el grupo se dirigió rápidamente al embarcadero, fueron a la lancha que los dos científicos habían estado utilizando desde que llegaran al lugar, y zarparon, ya sin preocuparse por el ruido que pudieran hacer.

Mientras se alejaban de la playa los ocupantes de la lancha vieron las siluetas de tres hombres, uno de ellos cojeando, acercarse al embarcadero, titubeantes. Marta lanzó una carcajada, y efectuó un vulgar pero gracioso corte de mangas.

—¡Ahí os quedáis, cretinos! —gritó.

—Ya sabía yo que lo conseguiríamos —dijo Wanda.

—Tenemos que llegar al yate cuanto antes —gruñó Smart—, o me voy a quedar sin sangre en el cuerpo. ¡Maldita sea…!

* * *

Mr. Lawrence no se lo podía creer. Estaba asomado a la borda del yate, mirando hacia la lancha que había visto llegar tras su impaciente espera. El primero en subir a bordo fue Smart, refunfuñando sin cesar y dejando salpicaduras de sangre por todas

partes. Luego, ayudando Alvin a Margaretta, los dos científicos le siguieron, por la cómoda escalerilla de plástico colocada en el costado del yate…

—¿Quién es usted? —preguntó Margaretta—. ¡Cielos, parece un globo con ojos!

—Deja de molestar a la gente con tus opiniones —gruñó Alvin —. No es un globo con ojos, es sólo un cerdo puesto a dos patas.

Mr. Lawrence no podía reaccionar. Janice y las otras dos chicas subieron a bordo rápidamente, y la primera se reunió con Smart, entrando en el yate. Dos hombres se apresuraron a recoger la escalerilla, y se dispusieron a izar la lancha. La de Alvin y Margaretta había quedado abandonada. *Mr*. Lawrence reaccionó, miró sonriente a los dos científicos, y dijo:

—Es un gran placer tenerles finalmente conmigo, profesor Lutz, doctora Rossman.

—¡Pero si habla y todo! —exclamó Margaretta.

Wanda y Marta rieron, y empujaron a ambos hacia el interior del yate, donde encontraron a Smart y Janice, ésta cortando el traje de goma que cubría a aquél, a la altura de la ingle, y dejando al descubierto la herida de bala. Marta y Wanda se apresuraron a ayudarla, mientras Margaretta comentaba:

—Esa herida tiene muy mal aspecto. No me extrañaría nada que se gangrenara y tuvieran que amputarle la pierna.

—Es lo que suele pasarles a los aventureros sin escrúpulos —apoyó Alvin Lutz.

—Quítemelos de delante —masculló Smart, mirando a *Mr*. Lawrence— o todavía los voy a matar a bofetadas.

—Usted es un matón —dijo Margaretta—. Y si cree que nos asusta…

—Vengan conmigo —dijo *Mr*. Lawrence—. Tendré mucho gusto en acomodarlos en un camarote. Por aquí.

Les hizo una seña a los dos tripulantes que habían aparecido con las maletas de ambos, y emprendió la ruta del pasillo, provocando al pasmo en Margaretta, que comentó:

—Bien se ve que este yate no es de usted.

—¿Por qué dice eso? —Logró volver la cabeza *Mr*. Lawrence.

—Porque le habrían hecho más ancho el pasillo.

—Calla, mujer —refunfuñó Alvin—. ¿Acaso crees que los yates

los hacen a medida, como los trajes?

—¿No? —se sorprendió Margaretta—. ¿Y tú cómo lo sabes, si nunca has podido tener un yate?

—Deja de provocarme, Margaretta. Yo no tengo la culpa de que el Gobierno de los Estados Unidos sea tan tacaño con nosotros. Y espera: ya veremos qué dicen cuando esta gente les pida el rescate por nosotros.

Mr. Lawrence, que acababa de abrir la puerta de un camarote, los miró sonriente.

—¿Creen que los hemos secuestrado para pedir dinero por ustedes? Pues están muy equivocados. Les hemos secuestrado para ofrecerles la oportunidad de ser los salvadores de la Humanidad.

Alvin y Margaretta quedaron realmente pasmados a punto de entrar al camarote que *Mr*. Lawrence les ofrecía con ampuloso y cortés ademán, tras apartarse de la puerta.

—¿Qué dice usted? —murmuró por fin Margaretta.

—Me ha oído perfectamente, doctora Rossman. Por favor, entren. Y espero que todo esté a su gusto.

Entraron los dos científicos.

El camarote era espléndido en verdad disponía de todo el confort y hasta de lujo. La cama, situada en un lado, estaba adornada con una hermosa colcha de seda color oro y azul, que eran los colores predominantes en las paredes y en el tapizado del mobiliario. Había un tresillo, mueble-bar, un escritorio, por supuesto cuarto de baño anexo…

—Oiga —se volvió Alvin a mirar coléricamente al gordísimo—: ¿nos está tomando el pelo? Porque si se trata de eso conseguirá finalmente enterarse de cómo las gasto. Debo decirle que una broma no me parece apropiada entre personas que no se conocen… ¿O sí nos conocemos?

—No —rió *Mr*. Lawrence—. Mejor dicho, yo les conozco a ustedes por algunas fotografías aparecidas en revistas científicas, pero nunca antes nos habíamos relacionado. Por cierto, las fotografías que vi no les hacen justicia: ustedes son más… joviales y atractivos en la realidad.

—¡A ver si me va a proponer que salga fotografiada en la *Playboy*! —exclamó Margaretta.

—Me parece, doctora —rió de nuevo el gordo—, que tendría

usted más éxito del que muchas personas podrían sospechar. Pero no. Tranquilícese. No queremos de usted más que sus conocimientos científicos.

—¿Queremos? —entornó los azules ojos Margaretta—. ¿Quiénes? ¿Debo entender que esto no es cosa de usted solo, señor… señor…?

—Lawrence. Llámeme Lawrence, a secas. Y no, por supuesto que no es cosa mía, sino de un grupo de personas a las que represento.

—¿Qué personas? —se interesó Alvin.

—Digamos que son unos… benefactores de la Humanidad.

Margaretta y Alvin se lo quedaron mirando fijamente, y *Mr*. Lawrence no habría sabido decir si había sarcasmo o perfidia en su expresión. Lo que sí experimentó con toda claridad fue como… un hormigueo de frío en la espalda.

—Benefactores de la Humanidad —susurró Margaretta.

—Así es, doctora Rossman.

—¿Podría usted explicar eso de un modo… concreto y razonable?

—Por supuesto. Pero no ahora. Bueno, son más de las tres de la madrugada, ustedes han sido arrancados de su lecho, están en ropa de dormir. Ya hemos sido suficientemente desconsiderados con ustedes, Instálense a su gusto, duerman cuanto deseen, y por la mañana, cuando despierten, tranquilamente, podremos conversar sobre el asunto. ¿Les parece bien?

—Es usted muy amable, Lawrence. Pero le diré la verdad: eso de convertirnos en benefactores de la Humanidad es el sueño de nuestra vida. Nos atrae tanto que no podríamos dormir ni un segundo si no tuviéramos cuando menos una noción de cómo vamos a conseguir nuestro mayor anhelo científico: hacer en verdad algo grande por la Humanidad. ¿Cuál es su oferta?

—Bueno —titubeó *Mr*. Lawrence—… Comprendo su impaciencia y su interés, así que les voy a dar una explicación. Pero breve y sin más detalle. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Alguien —murmuró *Mr*. Lawrence— inventó un virus que, esparcido adecuadamente en el aire, puede provocar una mortandad espantosa en el mundo. Nosotros, mis amigos y yo, deseamos que ustedes encuentren una vacuna, antídoto o antivirus

contra ese producto criminal que podría, incluso, acabar con la Humanidad entera. Que descansen.

Capítulo IV

—Ah, buenos días, buenos días, mis queridos invitados… ¿Han descansado ustedes bien?

El saludo de *Mr.* Lawrence era amable en verdad, pero el hombre ni siquiera intentó alzarse de la extensible sobre la cual yacía tomando el sol de la luminosa mañana, ya casi mediodía. El esférico personaje lucía un atuendo realmente turístico: camisa de colores, *shorts,* zapatillas deportivas, y unos sensacionales lentes de sol de pasta blanca y en forma de mariposa, incluso con topos de colores en los extremos. Sus piernas parecían columnas peludas, y sus pies algo cercano a una sandía.

Cerca de él, sobre hermosas extensibles de alegres colores, yacían completamente desnudas Wanda y Marta, achicharrando sus deliciosas carnes impúdicas. Las dos encantadoras rubias tenían, sorprendentemente quizá, muy negro el vello del pubis, y afeitado parcialmente de modo que en lugares más comprometidos debía de permitirles llevar un bikini de la mínima expresión y extensión.

El día, ciertamente, era espléndido.

No se veía tierra en parte alguna.

—Hemos descansado espléndidamente —aseguró Margaretta—. Y ahora tenemos un apetito de náufragos.

El gordo y las dos rubias rieron, pero Alvin frunció el ceño y masculló:

—Seguramente eso es lo que somos, pues nada más veo mar a nuestro alrededor. ¿Dónde estamos?

—Tranquilo, profesor —recomendó *Mr.* Lawrence—: puede estar seguro de que no hemos naufragado. Simplemente estamos viajando hacia nuestro destino. Marta, cariño, ¿quieres pedirle a Roddy que prepare inmediatamente los desayunos de nuestros invitados?

—No tengo inconveniente —se puso en pie la rubia—, pero les habría sido más cómodo desayunar en la cama.

—Eso es una marranada —la miró severamente Margaretta—: sólo los cerdos comen y duermen en el mismo sitio.

—¡Qué curioso punto de vista! —Se echó a reír *Mr*. Lawrence—. ¿No quieren sentarse a tomar el sol?

—¡Eso me encanta! —exclamó Margaretta.

Ocupó una de las extensibles, tumbándose con los ojos cerrados y el rostro extático. Todavía llevaba la ropa de dormir, y encima una encantadora bata demasiado juvenil para ella. Alvin también estaba en pijama y bata, con las manos metidas en los bolsillos de ésta, mirando a todos lados.

Nada que mirar, salvo el mar.

De soslayo, Alvin miró hacia la posición del sol, y dijo:

—De modo que vamos hacia el norte. Es decir, hacia Estados Unidos. ¿A qué parte de los Estados Unidos?

—Sean tan amables de no atosigarme con preguntas. A su debido tiempo se irán enterando de todo. Por el momento puedo decirles que navegamos hacia un lugar donde dispondrán de un magnífico laboratorio para comenzar a trabajar inmediatamente en el antivirus.

—¿Cómo demonios vamos a trabajar en un antivirus si no conocemos el virus? —Gruñó Alvin.

—¿Les gustaría ver la fórmula del virus?

—Necesitamos ver la fórmula del virus, señor —dijo Margaretta.

El gordísimo realizó la proeza de alcanzar sin ayuda un portafolios que tenía junto a la extensible, lo abrió, y sacó unos folios escritos en parte a mano y en parte a máquina, y los tendió a la doctora Rossman, que se apresuró a tomarlos y se quedó mirando entre maravillada y desconfiada a Lawrence… Marta regresó a cubierta, diciendo que Roddy podía preparar inmediatamente un par de desayunos pero que, dada la hora, sugería que esperasen todos un poco más y serviría un almuerzo suculento.

—Ustedes tienen la palabra —inquirió *Mr*. Lawrence mirando a los dos científicos.

—Esperaremos el almuerzo —murmuró Margaretta—. ¿Podemos echar un vistazo ahora mismo a estas fórmulas?

—Se lo ruego —sonrió el gordo.

Alvin acercó una extensible a la de Margaretta, y se sentó en el borde, para poder ver bien las páginas que ella sostenía. *Mr*.

Lawrence y las dos rubias les contemplaban en silencio, expectantes. De cuando en cuando uno de los dos científicos hacía un comentario mascullado que ninguno podía entender. Y de pronto, comenzaron a discutir excitadamente en alemán, con lo que sus anfitriones se quedaron sin entender nada de nada.

La discusión iba en aumento, creciendo en excitación y en un enfrentamiento entre Alvin y Margaretta. Hasta que *Mr*. Lawrence alzó una mano que era todo un poema a las salchichas, y pidió:

—Un momento, por favor, un momento… ¡Un momento! —Los dos científicos dejaron de discutir y le miraron, como sorprendidos —. Gracias. ¿Pueden decirme qué es lo que pasa?

—¿Quién le facilitó a usted está fórmula? —preguntó a su vez Margaretta.

—Una persona.

—No me diga —gruñó Alvin—. Pensábamos que había sido un escarabajo pelotero.

—Escuche, Lawrence —dijo Margaretta—, yo estoy segura de que he visto parte de esta fórmula en algún sitio, y Alvin dice que no. Tal vez usted podría sacarnos de dudas. ¿Quién es la persona que le facilitó la fórmula? ¿Cuál es su nombre?

Mr. Lawrence titubeó, pero terminó por acceder.

—Su nombre es Oliver Osgood. ¿Le conocen?

—No —reflexionó Margaretta—… No lo recuerdo, al menos. ¿Alvin?

—Tampoco —rechazó éste.

—Pues es extraño —dijo *Mr*. Lawrence—, porque Osgood estuvo trabajando bastante tiempo para el Gobierno de los Estados Unidos.

—Señor mío, hay muchísima gente que trabaja para el Tío Sam —dijo hoscamente Alvin Lutz—, y no todos se conocen unos a otros, pues el Gobierno tiene muchos laboratorios o lo que sea. Y como le encanta que la mano izquierda no sepa lo que hace la derecha a veces deliberadamente impide que los colegas se conozcan y cambien impresiones. ¿Lo entiende?

—Eso es cierto…, salvo cuando le interesa aunar esfuerzos para lograr una cosa determinada. Sin embargo, en este caso no había lugar a concentraciones de cerebros, puesto que la fórmula había sido ya conseguida en solitario por Oliver Osgood. ¿Qué me dicen de ella?

—¿Qué nos dice usted de Osgood?

—Ya les he dicho que trabajaba para…

—¿Dónde está él ahora? —le interrumpió Margaretta.

—¿Para qué quieren saberlo, qué importa eso?

—Queremos saberlo para hacerle algunas preguntas sobre contrasentidos de estas fórmulas. Pero sobre todo —la expresión de Margaretta no podía ser más desconfiada— queremos preguntarle por qué no prepara él mismo el antivirus. Es el más indicado, ¿no le parece?

—Sí… Sí, en efecto. Lamentablemente, el profesor Osgood murió.

—Murió —repitió Alvin—. ¿De alegría por haber inventado esta porquería?

—No seas sarcástico, mi amor —le reprendió Margaretta—. A fin de cuentas se trataba de un colega. A lo mejor el pobrecito murió de modo digamos desagradable, así que habría que compadecerlo.

—¿A qué llamas tú desagradable?

—Tal vez se mordió a sí mismo y se envenenó.

Marta y Wanda rieron. *Mr*. Lawrence miraba con gesto amable a los dos científicos.

—Lo cierto es —dijo— que al profesor Osgood lo mataron a balazos.

—¡Pero qué dice! —exclamó Margaretta—. Cielos, ¡qué muerte tan excitante para un científico!

—¿Quién lo mató a balazos?

—Los espías.

Alvin y Margaretta se quedaron mirando a *Mr*. Lawrence absolutamente fascinados, como si éste les estuviera haciendo increíbles juegos de magia.

—Atiza —dijo de pronto Alvin.

—¿Qué espías? —preguntó Margaretta.

—¡Demonios, no sabemos tanto! Cuando la viuda…

Mr. Lawrence dejó de hablar, y se quedó mirando con curiosidad a la doctora Rossman, la cual miraba a su vez hacia el noroeste, lugar hacia el cual también miraba Alvin Lutz. Un segundo más tarde, Marta dijo:

—Se acerca un helicóptero.

—Tal vez sea el mismo de antes, que regresa —sugirió Wanda.

Mr. Lawrence también oía ya el rumor del aparato, y miraba hacia el lugar de donde procedía.

Vieron los destellos del sol en parte de su superficie. El aparato se iba acercando rápidamente, y muy pronto pasó por encima de ellos, volando muy bajo y dejándolos atrás con veloz pasada.

—¿Es el mismo? —preguntó Alvin.

—Yo diría que sí —asintió Wanda; y miró a *Mr*. Lawrence—… No me gusta esto. Voy a avisar a Smart.

Desapareció en el interior del yate. El helicóptero estaba dando la vuelta, y resultaban evidentes las intenciones de su piloto de regresar en dirección al yate. En la cubierta de éste todos permanecían en silencio… El helicóptero volvió a pasar por encima, en efecto, y todos pudieron ver algunos destellos que sólo la doctora Rossman clasificó:

—Nos están tomando fotografías —murmuró.

—Mientras sólo hagan eso… —Gruñó Alvin.

De nuevo se alejaba el helicóptero. Smart salió a cubierta, en bañador y con la pierna herida vendada, apoyándose en Janice. Margaretta se quedó mirándolo embobada, pues realmente Smart era un hermoso atleta. El sol hacia parecer oro sus largos cabellos rubios. El helicóptero regresaba hacia ellos de nuevo.

—Será mejor que ustedes tres vayan adentro —dijo Smart, mirando a *Mr*. Lawrence pero señalando a Alvin y Margaretta—… Nosotros nos encargaremos de esa gente.

—Sólo nos están fotografiando, me parece —dijo Margaretta.

—Caramba —dijo con tono aburrido Alvin, señalando hacia el oeste—, viene más gente.

Todos miraron hacia allí, y divisaron la blancura de la estría de espuma que una lancha iba dejando en el mar. El helicóptero pasó otra vez por encima de ellos. Por lo menos iban tres hombres en él, ya que había uno tomando fotografías, en efecto, y otro junto a él, empuñando lo que parecía un rifle. Y estaba el piloto además, naturalmente.

—Preparad la ametralladora —dijo Smart.

—¡Cielos! —Respingó Margaretta—. ¡Pero qué dice usted…!

—Vayan adentro y ocúpense de sus asuntos mientras nosotros nos ocupamos de los nuestros —la miró con ceñuda sonrisa Smart —. ¿De acuerdo?

—Será mejor que lo hagamos —dijo *Mr.* Lawrence.

El helicóptero volaba ahora a la velocidad del yate, manteniéndose a escasa distancia. El hombre del rifle tenía ahora ante la boca un megáfono, de modo que pudieron oír muy bien sus palabras pese al rumor del helicóptero:

—¡Paren los motores y dispóngase a ser abordados! No queremos lastimar a nadie, pero si no obedecen les dispararemos. Coloquen la escalerilla para que nuestros compañeros de la lancha puedan subir a bordo. ¡Paren los motores inmediatamente!

—Ya me habéis oído —dijo secamente Smart—: preparad la ametralladora. Janice, ve a decirle a Samley que acelere la velocidad del yate… Quizá podamos esquivar a los de la lancha.

—Una lancha siempre es más veloz que un yate —dijo Janice.

—Tal vez, pero al menos les daremos trabajo… A menos que *Mr.* Lawrence prefiera obedecer las órdenes recibidas.

—Claro que no —mascullò Lawrence.

Marta y Wanda estaban colocando en cubierta una caja de madera que una vez abierta, mostró diversos componentes de equipos para bucear, que apartaron rápidamente, dejando al descubierto en el fondo una ametralladora desmontada, envueltas las piezas en papel encerado. Mientras tanto, el helicóptero evolucionaba cerca del yate y la lancha se iba acercando…

—¡Se están complicando la vida! —Les llegó la voz por medio del megáfono—. ¡Podemos hundirles en un abrir y cerrar de ojos! ¡Paren los motores inmediatamente o los enviamos al fondo del mar!

—Vamos abajo, vamos abajo —dijo nerviosamente *Mr.* Lawrence.

Marta y Wanda estaban desenvolviendo velozmente las piezas de la ametralladora. Janice regresó de dar al piloto del yate las instrucciones de Smart, y se dedicó a ayudar a sus compañeras, procediendo entre las tres a montar la ametralladora con gran habilidad y rapidez. La lancha navegaba ahora paralelamente a ellos, sin duda esperando que el yate se detuviera.

El helicóptero se acercó, y casi enseguida el hombre del rifle comenzó a disparar; debía de haber visto por fin la ametralladora ya casi montada, y por supuesto que la cosa no le hacía gracia… Algunas balas rebotaron en la cubierta del yate, y dos de ellas la

astillaron levemente. El gordísimo echó a correr hacia el interior, y Alvin agarró de un brazo a Margaretta, refunfuñando:

—Venga, nosotros no podemos hacer nada en esto…

Seguían sonando disparos de rifle. De pronto, Marta emitió un alarido, saltó como si la hubiera disparado un muelle, y rebotó rodando sobre la cubierta. Cuando se detuvo, a unos tres metros del emplazamiento de la ametralladora, quedó de cara al cielo, desencajado el rostro, el pecho lleno de la sangre que brotaba por las heridas producidas por las balas que habían entrado por su espalda. Todavía Marta se movió, se estremeció. De repente, una bocanada de sangre brotó de su boca como un surtidor, y cayó sobre su cara. Los ojos quedaron como súbitamente convertidos en cristal.

Smart estaba pálido, demudado. Wanda gimió:

—Oh, no, Marta…

Dos nuevas balas rebotando cerca de la ametralladora los hizo reaccionar. Smart se dejó caer sentado tras la culata, y Janice metió en el depósito un cargador de doscientos cincuenta proyectiles. La ametralladora comenzó a sonar en el acto, manejada por el bello atleta rubio… A unos cuarenta metros, el helicóptero recibió ya los primeros impactos.

Y sucedió una cosa curiosa.

Es decir, varias.

Una de ellas fue que los dos hombres que ahora disparaban con rifles por la abierta portezuela salieron despedidos fuera del aparato, soltando sus armas e iniciando una brutal caída desde más de veinticinco metros hacia el agua.

Casi al mismo tiempo, la gran paleta superior del helicóptero se detuvo, quedó como clavada. Durante un brevísimo instante que resultó mágico pareció que el helicóptero se iba a quedar allí a pesar de que no estaba funcionando.

De repente, comenzó a caer a plomo. Y, cuando apenas había descendido cinco metros, explotó, convirtiéndose en una redonda, espectacular, brevísima bola de fuego que continuó cayendo y desapareció sorprendentemente en el acto bajo las aguas…

—¡Entren! —Oyeron Margaretta y Alvin la voz del gordo—. ¿Qué están haciendo ahí? ¿Quieren que los maten?

Los dos científicos se adentraron en el salón, donde *Mr.*

Lawrence les miró con expresión desorbitada. De pronto fue hacia el mueble-bar, y se sirvió un *whisky* seco, que se bebió de un trago. Alvin y Margaretta fueron a sentarse en el diván. En cubierta no se oía nada ahora.

—¿De qué estábamos hablando? —dijo Alvin.

—De la muerte de Osgood a balazos, de los espías y de la viuda de Osgood —dijo Margaretta—. Venga a sentarse con nosotros, Lawrence, y termine de explicarnos eso, ¿quiere? ¿Qué espías mataron a balazos a Oliver Osgood?

El gordísimo colocó las posaderas con veterana habilidad en uno de los sillones, y jadeó:

—¿Cómo pueden estar tan serenos?

—No es serenidad —dijo Margaretta—: es miedo. Lo que pasa es que preferimos conversar a quedarnos quietos pensando que pueden matarnos. ¿No es cierto, mi amor?

—¿Qué pasó con la viuda? —farfulló Alvin.

Mr. Lawrence sacó un enorme pañuelo blanco, y se lo pasó por la frente.

—Bueno, verán… Yo les voy a explicar lo que sucedió según hemos deducido tras las explicaciones de la señora Osgood… Ellos, los Osgood, estaban durmiendo cuando llegaron los espías. Oliver Osgood ya no trabajaba para el Gobierno, pero seguía preparando un virus especial, de esos que a los gobiernos les gusta tener como reserva en su arsenal de armas bacteriológicas… En realidad, lo tenía prácticamente terminado ya…

—¿Por qué había dejado de trabajar para el Gobierno? —inquirió Margaretta.

—Se había despedido voluntariamente. Según nos explicó luego la señora Osgood, él nos estaba mintiendo: vino a decirnos que podía trabajar para nosotros fabricando vacunas revolucionarias, pero lo primero que hizo fue terminar de preparar la fórmula de un virus que pensaba vender a unos espías que habían entrado en contacto con él.

—O sea, que ustedes estaban financiando a Osgood, y mientras tanto éste aceptaba relaciones con un grupo de espías a los que pensaba vender, sin duda a muy buen precio, una fórmula vírica de efectos nocivos.

—Exacto, profesor. Pero según parece al profesor Osgood le

vigilaban también otros espías, y finalmente, una noche, cuando debieron de considerar que su fórmula estaba terminada o tan avanzada que ya podía ser terminada sin su intervención personal, asaltaron la casa. La casa estaba custodiada por algunos espías del grupo que estaban en relación con Osgood, y claro está se entabló una batalla terrible entre ambos grupos de espías…

—¿Qué grupos? ¿De dónde eran esos espías?

—Los que estaban en relación con los Osgood no lo sé, pues ellos no quisieron decírselo a los Osgood. Pero la señora Osgood nos dijo que los que atacaron la casa aquella noche eran rusos.

—Oh, no —alzó los ojos hacia el cielo Margaretta—, los rusos no, por favor.

—¿Por qué no? ¿Qué quiere decir?

—No le haga caso —dijo Alvin—. Bueno, ¿qué pasó?

—Ya les digo que la casa fue atacada. El profesor Osgood y su esposa, protegidos por dos de los espías que estaban en negociaciones con ellos, intentaron escapar por la parte de atrás de la casa. Naturalmente, el profesor Osgood se llevó una copia en limpio de la fórmula vírica…, pro al salir de la casa fueron tiroteados. El profesor Osgood murió enseguida, de varios balazos, y también casi enseguida los dos espías que los acompañaban. La señora Osgood logró escapar con la fórmula, y naturalmente en cuanto pudo se puso en contacto con nosotros, y nos lo explicó todo.

—¿Ella vive todavía? ¿La tienen ustedes?

—Ah, sí, sí.

—Bien, ¿qué más pasó?

—Bueno, nosotros teníamos la fórmula del virus mortal, pero sabíamos que los asaltantes o los que estaban en tratos con Oliver Osgood también debían de tenerla. El que hubiera ganado de los dos habría entrado en el laboratorio y se habría apoderado de las fórmulas originales, de algunas muestras… En definitiva, ese virus podía ser puesto en circulación más pronto o más tarde. Así que nosotros… decidimos conseguir un antivirus, y por eso intentamos repetidamente secuestrarlos a ustedes, pues sabemos que son los más indicados para conseguirlo.

—Tal vez —aceptó suavemente Margaretta—, pero… ¿por qué secuestrarnos, por qué complicarse tanto la vida? Sólo tenían que ir

al Gobierno de los Estados Unidos, entregarles la fórmula, y sugerirles que nos la pasaran a Alvin y a mí para que trabajásemos en el antivirus.

—No queríamos entregar la fórmula del virus a los Estados Unidos. De ninguna manera.

—¿Por qué no?

—Porque podrían haberse limitado a quedarse la fórmula para su arsenal de armas bacteriológicas, sin más, y ya serían entonces dos o tres países o grupos los que dispondrían de ella. Nosotros queremos el antivirus, no que la fórmula de un virus mortal se haga popular.

Margaretta miró los folios que todavía tenía en la mano. Alvin miraba fijamente a *Mr*. Lawrence. Afuera se habían oído disparos de ametralladora y de rifle, y ahora se oyó el estampido de una granada que hizo respingar al gordísimo, exclamando:

—¡Nos están atacando con morteros…!

—Evidentemente los de la lancha vienen muy bien preparados para hundir el yate —dijo Alvin—. Y a propósito, es curioso pero no hemos visto el nombre del yate. ¿Cuál es?

—*Atlantic III.*

—Huy, qué nombre tan original —se alborozó Margaretta.

Oyeron el estampido de dos granadas más, y el crepitar de la ametralladora. De repente se produjo otra explosión más potente pero más sorda, como producida dentro de un reducto hermético… Casi enseguida oyeron las pisadas en la escalerilla, y Wanda apareció, excitada.

—¡Les hemos dado! Hemos incendiado la lancha, pero están apagando las llamas con los extintores. Smart dice que lo mejor es que los dejemos a la deriva y nos larguemos, pues no podrán seguirnos. O eso, o acercarnos para terminar de hundirlos pero exponiéndonos al fuego de ese maldito mortero.

—Dile a Smart que no quiero más complicaciones —murmuró el gordo—. Y a Samley que nos saque a toda velocidad de esta zona… Aunque estamos muy lejos de la costa no me sorprendería que aparecieran los Guardacostas. Así que alejémonos de aquí cuanto antes.

—*Okay*, cariño —asintió Wanda, dando la vuelta.

—Bueno —miró *Mr*. Lawrence a los dos científicos—, ¿qué me

dicen ustedes? ¿Quieren fabricar el antivirus o no?

—Supongamos que conseguimos ese antivirus —dijo Margaretta—: ¿qué harían ustedes?

—Enviar la fórmula a todos los gobiernos del mundo, para que al menos con respecto a ese virus estuvieran protegidos. ¡Lástima que no dispongamos de las fórmulas de todos los virus, para hacer todos los antivirus!

—Bueno —sonrió la doctora Rossman—, es una idea a considerar, querido Lawrence.

—¡Es imposible! Nadie podría conseguir, de ninguna manera, las fórmulas de todos los virus que tiene almacenados Estados Unidos, por ejemplo.

—Mire usted, simpático gordinflón, la palabra imposible es algo que unos científicos no aceptan jamás. ¿Verdad, mi amor?

—Sí, mi amor —asintió Alvin Lutz.

—¿Qué quieren decir? —Miraba el gordo vivamente de uno a otra.

—Tengo tanto apetito —dijo Margaretta— que soy incapaz de coordinar mis ideas. ¿No habíamos quedado en que tendríamos un almuerzo suculento?

Capítulo V

Sonó la llamada en la puerta del camarote, y luego oyeron la voz de *Mr*. Lawrence a través de la madera.

—Profesor Lutz, doctora Rossman… Hemos llegado. Por favor, prepárense para desembarcar.

—Oh, no —protestó Margaretta.

—Pase, Lawrence —pidió Alvin, tras encender la luz de la mesita de noche.

La puerta se abrió, y la esférica humanidad de Lawrence quedó ocupando por completo el hueco. Aparecía con aspecto un tanto fatigado, pero sonriente, mirando con evidente simpatía a los dos científicos que a su vez le contemplaban desde la cama.

—Lo siento —dijo—, pero es mejor que desembarquemos ahora. Estamos en un lugar seguro, pero todas las precauciones son pocas. Por la mañana tal vez nos viese alguien, aunque fuese desde alguna embarcación que pasara cerca de la costa.

—Sin la menor duda nos hallamos en Estados Unidos —dijo Alvin—, pero nos gustaría saber dónde exactamente.

Margaretta miró su relojito de pulsera, y dijo:

—A juzgar por la velocidad que hemos desarrollado y las horas que llevamos navegando, debemos de haber recorrido unas cuatrocientas millas. O sea, que debemos de estar aproximadamente a la altura del límite norte del estado de Florida. ¿Es así, Lawrence?

—Pues… sí, así es, aproximadamente. Les espero en el salón.

Diez minutos más tarde Margaretta y Alvin aparecían en el salón, donde efectivamente les estaba esperando *Mr*. Lawrence, jugando con su pequeño divertimento electrónico. Alvin tocó el juguete con la punta de su bastón, y preguntó:

—¿Qué es eso?

—Un juego electrónico. El del boxeo. Es divertidísimo. Miren, miren cómo se zurran este par de imbéciles.

Los dos científicos se acercaron, y estuvieron unos segundos contemplando a los dos diminutos púgiles zurrándose bajo la hábil dirección de *Mr*. Lawrence, que reía de cuando en cuando. Todos miraron hacia las escalerillas cuando oyeron las pisadas. Janice apareció en el salón.

—El bote está esperando, *Mr*. Lawrence.

—Sí, ya vamos, ya vamos. Bueno, terminó la diversión.

—Oiga —inquirió Margaretta—: ¿y no se lo pasaría usted mejor en un club nocturno, por ejemplo? Vamos, digo yo que estar a las dos de la madrugada dedicado a este tonto juego es de sádico, ¿no?

—Mujer, sería un sádico si obligara a dos personas a pegarse —dijo Alvin—, pero sólo son muñecos electrónicos.

—Así se empieza —dijo Margaretta.

Mr. Lawrence rió, guardó su juguete, y señaló hacia la salida. Un minuto más tarde, el gordísimo descendía por la escalerilla de plástico colocada junto al yate hacia el bote que esperaba. Alvin y Margaretta, que le habían precedido, miraban hacia la costa, donde se veían unos cuantos puntos de luz que situaban otras tantas localidades, una de ellas visiblemente más grande que las otras. Relativamente cerca de donde había anclado el yate estaba la luminaria que indicaba la presencia de una localidad de escasa importancia, y que Margaretta señaló:

—¿Qué ciudad es ésa?

—Mayport —explicó *Mr*. Lawrence; señaló la luminaria más grande—… Y allá está Jacksonville.

—Entendido —dijo Alvin—. Ahora sabemos dónde estamos.

—Pero nosotros no vamos ni a Mayport ni a Jacksonville —dijo Margaretta—… ¿Adónde vamos, Lawrence?

—A una hermosa quinta que tenemos delante de nosotros, en la playa cercana a Mayport. Es un sitio muy tranquilo y agradable, donde podrán trabajar a gusto. Bien, vamos allá.

Hizo una seña al tripulante que estaba a los remos del bote, y que comenzó a impulsar éste hacia la playa. En la borda estaban Wanda, Janice y Smart, así como Samley, despidiéndolos. El cadáver de Marta, pesadamente lastrado, había sido arrojado al mar en un lugar profundo. Y desde entonces ni Smart ni las dos chicas que le quedaban parecían precisamente felices.

En un minuto el bote llegó a la playa, hacia la cual fue colocada

una amplia pasarela por la que caminaron Alvin y Margaretta hasta la arena, seguidos de *Mr*. Lawrence, que hizo crujir peligrosamente la madera. El tripulante regresó al yate con el bote. Lawrence y los dos científicos se encaminaron tierra adentro. Aunque muy poco, pues apenas recorridos cien metros, por entre arbustos de flores y pinos apareció la silueta de la casa, a oscuras salvo una luz en el pórtico.

—Por la mañana les enseñaré el lugar —dijo *Mr*. Lawrence—. Charly traerá todas sus cosas enseguida, y espero que se instalen cómodamente. Ya verán cómo todas las molestias habrán valido la pena.

—Hay una cosa que me gustaría saber antes de volver a intentar dormir —dijo Margaretta—: ¿quiénes eran aquellos hombres que nos atacaron con la lancha y el helicóptero?

—Indudablemente pertenecían a uno de los dos bandos que pelearon hace tiempo por la fórmula del virus de Oliver Osgood, y que han debido de recuperar en algún momento la pista de la señora Osgood antes de que la trajéramos aquí para ponerla a salvo.

—Me parece que no he entendido —dijo Alvin, deteniéndose.

—Yo me hice cargo inicialmente de la señora Osgood, y, siguiéndole la pista a ella, debieron de verme a mí. Y como soy muy conocido han podido tenerme vigilado… hasta esta mañana. Así que les vieron a ustedes en el yate, sin duda los identificaron, y entonces o bien quisieron secuestrarlos a su vez para impedir que fabricasen el antivirus, o, si ignoraban estas intenciones; por mi parte querían capturarnos para saber qué estoy tramando. Ya tienen el virus anterior, así que quizá quieran otro. Y en cualquier caso, me vigilaban por ser quien soy.

—¿Y quién es usted?

—Represento a una moderna industria de productos químicos. Quizás hayan oído hablar de ella: People Industries.

Alvin y Margaretta movieron negativamente la cabeza. *Mr*. Lawrence señaló la casa, y reanudaron la marcha hacia ella. La puerta se abrió, y un rectángulo de luz en el que se recortó la figura de un hombre se extendió por el jardín. La noche era tibia y serena.

—Mañana o pasado —dijo *Mr*. Lawrence— nos extenderemos sobre eso. Mientras tanto, me inclino a creer, dadas las características de todo esto, que la gente que nos ha atacado y los

que compraron el virus a Oliver Osgood son el mismo grupo, y que son oportunistas siempre dispuestos a conseguir dinero. No tengo la menor duda de que la fórmula vírica que consiguieron la noche en que mataron a Osgood la han vendido por ahí, sin escrúpulo alguno. Por eso, People Industries quiere a toda costa el antivirus.

—¿Por qué? ¿Qué tiene que ver People Industries con todo esto?

—Ya lo sabrán… mañana o pasado.

—Está bien. Otra cosa: usted nos ha dicho que fueron los rusos los que desencadenaron aquella pelea a tiros que le costó la vida a Osgood aquella noche. ¿Qué pasó con los rusos?

—Bueno, evidentemente fueron o eliminados o apartados de todo el asunto. Los rusos ya no cuentan.

Margaretta Rossman soltó una carcajada, que dio lugar a que *Mr*. Lawrence se quedara mirándola mosqueado, ya los tres ante el hermoso pórtico de la casa.

—¿De qué se ríe usted? —masculló el gordísimo.

—Es que de noche o duerme o le entra la risa —explicó Alvin—. O sea que según usted, finalmente, ha conseguido desconectar del asunto del antivirus a esa pandilla de sinvergüenzas oportunistas… y a los rusos.

—Evidentemente, ¿no?

—Que usted descanse —rió de nuevo Margaretta—… Y a ver si nos dejan descansar a nosotros. ¿Cuál es nuestra habitación?

* * *

Despertaron al salir el sol, se felicitaron mutuamente por la belleza del día, y luego hicieron el amor, tras lo cual volvieron a dormirse hasta las diez de la mañana. A las diez y media aparecían en el comedor-salón de la quinta, donde desayunaron servidos por dos criados silenciosos y eficientes. Hacia las once de la mañana salieron de la casa, y se dedicaron a pasear por el amplio jardín. En la parte de atrás de la casa había una encantadora piscina de forma caprichosa, y, tendida en la hierba sobre una toalla de insólita blancura, vieron a una muchacha de apenas veinticinco años que tomaba el sol completamente desnuda salvo un diminutísimo triángulo de tela negra que cubría más o menos su sexo, del cual escapaban rebeldes rizos dorados.

Cuando se detuvieron junto a ella la joven ni se enteró, de modo que Margaretta carraspeó, mientras Alvin, con la punta de su bastón, presionaba con impertinencia en un costado de la muchacha, la cual se sentó rápidamente, emitiendo un gritito. Los brincos de sus preciosos pechos sobresaltados fue un bello espectáculo.

—¿Qué pasa? —exclamó la rubia preciosidad—. ¿Quiénes son ust…? Oh. ¿Son la doctora Rossman y el profesor Lutz?

—Los mismos que vestimos y calzamos —dijo Margaretta—. Cosa que no hace usted, joven. Díganos: ¿con quién tenemos el gusto de hablar?

—Soy Katy… Katy Osgood.

—¿La señora Osgood? —murmuró Margaretta.

—Sí —sonrió la muchacha—… Supongo que están sorprendidos, pues Oliver era mucho mayor que yo, pero así son las cosas del amor, ¿no les parece?

—Sabemos que el amor es algo realmente curioso —asintió Margaretta amablemente—. Por ejemplo, nosotros, que somos ya un par de momias, continuamos amándonos tan apasionadamente como el primer día.

—Eso es maravilloso —elogió riendo Katy Osgood—… ¿No quieren tomar el sol un rato conmigo?

—Tomaremos el sol —asintió Margaretta—, pero no como usted. Y no por cuestiones de esa cosa llamada decencia, sino porque, hijita, mi cuerpo ya no está para ofrecerlo en exhibiciones.

Katy volvió a reír. Alvin y Margaretta se sentaron sobre la hierba directamente, y el primero dijo:

—Usted no parece precisamente muerta de pena por su más o menos reciente viudez, diría yo.

—Hay que sobreponerse a las penas y adversidades, profesor.

—Eso es cierto. Refleja mucha entereza de carácter. ¿No habrá visto usted por casualidad esta mañana a una especie de hipopótamo que va de un lado a otro jugando con una cajita electrónica de esas para niños perversos?

Katy Osgood rompió en carcajadas. Tardó bastante en recuperarse de la risa lo suficiente para poder contestar:

—Si se refieren a *Mr*. Lawrence, que supongo que sí se refieren a él, ha salido hace un rato con el coche. Pero volverá muy pronto.

Me rogó que mientras le esperan elijan ustedes entre ir a ver el laboratorio que han instalado en la casa o se dediquen a charlar conmigo.

—Iremos a ver el laboratorio —dijo Margaretta.

—Nada de eso —la miró coléricamente Alvin con sus miopes ojos empequeñecidos por los gruesos cristales de los lentes—… ¡Nada de eso! Yo he visto muchos laboratorios en mi vida, pero chicas como ésta he visto pocas, así que me quedo aquí. ¿A usted le molesta que la siga mirando, señora Osgood?

—¡De ninguna manera! Al contrario: ¡me encanta que me miren!

—Pues encántese, porque no voy a quitarle el ojo de encima.

—Alvin Lutz —dijo la doctora Rossman, poniéndose en pie—: ¡eres el hombre más… más… más estúpido que he conocido en mi vida! Y te diré una cosa: o te vienes conmigo ahora mismo a ver el laboratorio, o date por advertido de que voy a pedir el divorcio.

—Pero mujer… ¡si estamos en luna de miel!

—¡Estúpido! —Insultó Margaretta, dando media vuelta.

—La matan los celos —explicó Alvin mientras Margaretta se alejaba hacia la casa—. Y no sé por qué, ya que no tiene nada de malo mirar, ¿verdad? Aunque quizá cree que va a pasar algo más entre usted y yo, lo cual es imposible, ¿no le parece?

—Pues no sé —le miró maliciosamente Katy—. Usted es todo un tipazo, profesor… No sé, percibo en usted una… extraña energía que casi me parece juvenil. ¡Qué extraño, ¿verdad?!

—Debe de ser porque para atender dignamente la luna de miel estuve tomando con anterioridad durante todo un mes cantidades enormes de jalea real, polen y todas esas cosas revitalizantes, y ahora no hay quien me pare. ¡Vaya un día hermoso que hace! ¿Dónde dice que ha ido Lawrence?

Dentro de la casa, mientras tanto, Margaretta Rossman había localizado el laboratorio, al que concedió una indiferente mirada. Luego, buscó y por supuesto encontró el despacho que una casa tan grande y bien montada como aquélla debía de tener. El despacho estaba acorde con la casa: bien decorado y amueblado, moderno, espacioso, con un bar instalado en el centro de la gran librería…

La caja fuerte estaba detrás de un cuadro, y tras localizarla Margaretta colocó el cuadro en su sitio, retrocedió unos pasos, y se quedó mirándolo dubitativamente.

Se volvió al oír abrirse la puerta, y se quedó mirando al criado que a su vez la contempló con desconfianza por un brevísimo instante y enseguida con forzado gesto amable.

—¿Puedo servirla en algo, señora?

—No… No, gracias.

—El laboratorio está en el otro lado de la casa. Con gusto la acompañaré allí.

—Es usted muy amable —sonrió Margaretta—. En realidad ya he estado allí. Estaba recorriendo la casa para distraerme mientras regresa Lawrence… Pero bueno, realmente, todas las casas se parecen, ¿no es cierto? Creo que lo mejor será que salga a tomar el sol.

—Excelente idea —aprobó el criado, que tenía cara de palurdo con mala uva.

Cinco minutos más tarde la doctora Rossman estaba cómodamente instalada en una encantadora tumbona de madera reconfortada con una colchoneta de colores adecuadamente mullida. Desde allí veía perfectamente al profesor Alvin Lutz conversando con la señora Osgood, que reía continuamente.

—O eres una boba —reflexionó Margaretta— o eres una pájara de cuidado. Y me permito dudar que seas boba…

Solamente quince minutos más tarde regresó *Mr*. Lawrence, en un increíble automóvil negro grande como un barco y silencioso como un tigre de cacería. Del automóvil se apearon cinco personas, a saber: un chófer alto y fuerte cuya condición de guardaespaldas profesional era más evidente que la de chófer; el ya conocido *Mr*. Lawrence; y tres sujetos de mediana edad, elegantes y de sobrios modales, los cuales siguieron a *Mr*. Lawrence hacia el interior de la casa.

Cinco minutos más tarde, de ésta salía el criado que había controlado antes a Margaretta, y acudía junto a la doctora.

—*Mr*. Lawrence le ruega que acuda al despacho, doctora. Con su permiso voy a avisar también al profesor Lutz.

—Me parece que él no querrá ir: está haciendo el imbécil con demasiado entusiasmo.

Sin embargo, Margaretta se equivocó, pues Alvin se despidió inmediatamente de la bella Katy, y acudió a reunirse con ella, emprendiendo ambos la marcha en pos del criado.

—¿Has visto algo en la casa? —murmuró Alvin, en alemán.

—Nada especial. ¿Qué le has sacado a esa tonta?

—Que de tonta no tiene un pelo. Ha heredado de Osgood más de millón y medio de dólares, y ahora es accionista de la People Industries.

—¿Qué es lo que realmente está tramando esta gente?

—Ni idea. A lo mejor, y por una vez en nuestra vida y sin que sirva de precedente, nos hemos tropezado con gente honrada que realmente desea hacer un bien a la Humanidad.

—No digas tonterías.

—Lo malo de hacerse viejo —movió la cabeza el profesor Lutz— es que uno va viendo tantas cosas indignas que acaba por desconfiar hasta de los ángeles del cielo.

—Dudo mucho que la People Industries esté compuesta por ángeles.

—Bueno, a fin de cuentas tampoco estamos en el cielo.

—¿Por qué has tenido que recordármelo?

Dos minutos más tarde se hallaban ambos en el despacho, donde les aguardaba Lawrence acompañado de los tres elegantes sujetos llegados en el automóvil de superlujo. Lawrence presentó a los dos científicos, y acto seguido a los tres personajes:

—El señor Noah Warden, presidente del consejo de administración de la People Industries; el señor Wilson Taft, director general de la People; el señor Lionel Kechtman, director de laboratorios de la misma empresa. Ellos son el cerebro y el corazón de la People Industries, desde cuya central en Cincinnati dirigen todo el complejo nacional de la People Industries.

A medida que habían sido presentados los personajes habían efectuado una inclinación de cabeza. Finalizadas las presentaciones, Margaretta se sentó en un sillón, y acto seguido los hombres buscaron también asiento. La doctora Rossman dijo:

—Según parece estoy muy desconectada del mundo: no recuerdo haber oído el nombre de People Industries, lo cual es imperdonable.

—¿Imperdonable? —Alzó las cejas Noah Warden—. ¿Por qué?

—Porque según entiendo es una compañía muy extendida por todo el país, y yo diría que muy importante.

—Claro que no —rió Wilson Taft—. Por el contrario, doctora Rossman; la People Industries es prácticamente una desconocida en

el mercado nacional de las industrias químicas y farmacéuticas, y completamente desconocida en el resto del mundo. Pero esperamos que las cosas cambien pronto, y que la People Industries sea la empresa más… conocida y respetada de todo el mundo. Y para ello contamos con ustedes.

—¿Con nosotros? ¿Con Alvin y conmigo?

—Efectivamente, doctora —intervino de nuevo Warden—. Verá usted, nosotros habíamos pensado invertir unos cuantos millones de dólares en publicidad de nuestra empresa en todo el mundo, pero un día, reunidos los tres en mi chalé de caza buscando la vía publicitaria más adecuada, se nos ocurrió la idea: ¿por qué no gastar esos millones de dólares en hacer algo verdaderamente positivo y útil por la humanidad? Y se nos ocurrió que un buen modo de empezar sería fomentar por todos los medios al alcance del dinero las investigaciones encaminadas a librar de enfermedades, plagas y epidemias al ser humano. La actual señora Osgood, que había sido empleada de nuestra firma antes de casarse, nos facilitó el primer paso, aceptando ponernos en contacto con Oliver Osgood, cuya historia ya conoce usted. Lamentablemente, todo eso se complicó, pero nosotros insistimos en encontrar el antivirus al virus cuya fórmula les ha facilitado Lawrence. Y queremos que ése sea sólo el primer paso hacia una industria médico-farmacéutica… Digamos, el paso que nos dé a conocer inicialmente en todo el mundo.

—Lo cual —deslizó Alvin Lutz— no deja de ser una publicidad, señor Warden.

—Es cierto —parpadeó el presidente del consejo de administración—. No vamos a negar que esperamos publicidad y beneficios de todo esto. Pero, doctor Lutz, eso es perfectamente legítimo en cualquier empresa…, y no todas buscan los beneficios haciendo algo útil para nuestros semejantes. Sin ir más lejos, ahí tiene usted las fábricas de armamento… Ellos quieren ganar dinero a base de hacer productos nocivos, y nosotros también queremos dinero, pero a cambio ofrecemos o queremos ofrecer un futuro bienestar a la humanidad… ¿No le parece que es muy diferente una cosa y otra?

—Es tan diferente —intervino Margaretta— que si ustedes nos hubieran dicho de qué se trataba no habrían tenido ninguna

necesidad de recurrir al secuestro para contar con nosotros.

—Les rogamos que nos disculpen por eso —dijo Lionel Kechtman—. Yo fui quien dio la idea, pues no deseamos en modo alguno que el Gobierno sepa nada de esto. No se nos ocurrió otro modo de conseguir el secreto más que secuestrándoles a ustedes. Nosotros tenemos la impresión de que a ningún gobierno le gustará que nos dediquemos a fabricar antivirus de sus virus. A fin de cuentas, se están gastando todos muchos millones de dólares en almacenar grandes cantidades de armas químicas y bacteriológicas. Nosotros queremos pasar desapercibidos hasta que tengamos el antivirus. Entonces, simplemente, lo pondremos al alcance del público. E iremos facilitando todos los que vayamos consiguiendo. Si ustedes fabrican ese antivirus, y nos permiten utilizar sus nombres como respaldo, estamos seguros de que muchos científicos de todo el mundo se les unirán, se ofrecerán a la People Industries para ayudarnos a conseguir una humanidad más sana en el futuro…, y con menos terror a una guerra de ese tipo…, que es una de las muchas amenazas que siempre están lanzándose unos países a otros. ¿Podemos contar con ustedes?

—Sí —dijo Margaretta Rossman.

—Espléndido —suspiró Noah Warden—. Estoy seguro de que el resto de la conversación no va a representar ninguna clase de problema.

Capítulo VI

—¿Tú les has creído? —preguntó Margaretta.

—No lo sé. De verdad, no lo sé. Ya me conoces, sabes que no creo en nada ni en nadie, pero… no lo sé.

—¿Y si todo fuese cierto?

Se quedaron mirándose. Alvin se había quitado las gafas de gruesos cristales, cosa que no parecía menoscabarlo en absoluto. Terminó por encoger los hombros, y volvió a mirar hacia el jardín a través de los cristales de la ventana. Margaretta se acercó a él, y también se dedicó a mirar al exterior.

Ni siquiera tres minutos más tarde vieron aparecer en su campo visual el formidable coche negro, alejándose de la fachada de la casa en dirección al sendero de salida por la parte de la playa.

—Ahí van los tres —murmuró Margaretta—… Me gustaría saber qué piensan hacer exactamente ahora.

—Pregúntaselo a Lawrence durante la cena. Por cierto, tenemos que ir con mucho cuidado con el modo de sonsacar a Lawrence: no es ningún tonto.

—No, no lo es —admitió Margaretta—. Pero nosotros sabemos hacer las cosas. Hemos estado varias horas conversando con esos tres benefactores, y no creo que lo hayamos hecho tan mal. Bueno, allá van…

—Sabemos dónde encontrarlos, si fuese necesario —sonrió secamente el profesor Lutz.

—Eso sí. ¿Qué te parece? ¿Bajamos a cenar así mismo o nos vestimos elegantemente?

—Vistámonos elegantemente —decidió Alvin—: tal vez así termine de conquistar a Katy Osgood.

—Hace falta ser tonta como lo es ella para creer realmente que puedes enamorarte de ella teniéndome a mí.

—Tampoco está tan mal —sonrió de nuevo Alvin Lutz.

—No es más que un montón de carne de cama —replicó Margaretta.

—Eso sí. En cambio, tú eres una exquisitez absoluta en todos los sentidos.

—Menos mal… ¡Creí que realmente te habías vuelto miope!

* * *

Había algo de realmente especial en la miope mirada del profesor Lutz, y la señora Osgood no podía por menos de empezar a darse cuenta, después del rato que llevaba soportándola. Sentado al otro lado de la mesa frente a ella, Alvin Lutz no se había mostrado muy locuaz, pero sí muy mirón. Al principió, Katy Osgood había pensado que las miradas iban todas a su suculento escote y a su lindo rostro y jugosos labios, pero poco a poco se fue dando cuenta de que la mirada del científico parecía ir desconcertantemente más allá. Y… ¿cómo un hombre podía mirar más allá del escote de una bella mujer? Claro que aquella mañana misma le había visto más que el escote, pero…

—Posiblemente mañana nadaré un poco en la piscina —estaba diciendo la doctora Rossman, que llevaba el peso de la conversación en la mesa—, pero tendrá que ser en momentos en que Katy no esté presente.

—¿Y eso por qué? —se sorprendió Katy.

—Hijita, si nos ponemos juntas usted y yo me va a dar un ataque de nervios, pues no podré evitar hacer comparaciones. ¡Y unas comparaciones tan de cerca y en directo no podría soportarlas!

—Tengo la impresión, doctora —dijo amablemente el gordísimo —, de que su cuerpo todavía merece unas buenas fotografías a todo color. Más de una mujer quisiera…

Sonó un disparo.

Fuera de la casa, amortiguado, pero claramente audible. Y nadie lo confundió con ningún otro sonido. Pese a lo cual, Margaretta exclamó:

—¿Qué ha sido eso?

—Un disparo —dijo Alvin—: alguien debe de estar cazando mochuelos.

Se oyeron varios disparos más, bien diferenciados, de modo que

era fácil comprender que había varias armas disparando. También se oyeron gritos en varios puntos fuera de la casa. Los criados que servían la cena se habían puesto tensos, y miraban a *Mr*. Lawrence, que tenía el ceño fruncido. Alvin también miró al gordísimo, y dijo:

—Por la tranquilidad con que usted se lo toma, yo diría que esos disparos están dentro del programa. ¿Es algún juego?

Por fin, *Mr*. Lawrence se puso en pie, mascullando:

—Permanezcan aquí. Podría resultarles peligroso salir de la casa en estas circunstancias.

Salió rápidamente del comedor-salón, como rodando. Era un encanto verlo desplazarse. Margaretta miró amablemente a Katy Osgood.

—¿Qué me estaba diciendo? —inquirió.

—¿Eh…? ¡No tengo la menor idea!

—Sí, mujer —le sonrió Alvin—. Me parece que decía usted que más de una mujer quisiera tener el buen aspecto de salud y hasta de juventud de Margaretta.

—¡Eso lo estaba diciendo Lawrence! —rectificó Katy.

—¿De veras? Bueno, se ve que yo me estoy haciendo más viejo que Margaretta, y que ya chocheo. A mi edad…

—¿Qué edad? —rió Katy—. ¿Cuántos años tiene?

—Un montón. Iba a decir que a mi edad lo mejor que se puede hacer es cuidarse la vista, porque lo demás no vale la pena: ¡ya no se va a poder usar nunca más!

Sonaron todavía dos disparos más. Hubo más gritos. Casi enseguida oyeron el rumor de dos vehículos. Por los ventanales se divisaron los largos conos amarillentos.

De repente las voces sonaron en el vestíbulo de la casa: gritos y maldiciones, carreras… Alvin Lutz se puso en pie, y abandonó el salón, sin inmutarse.

Llegó al vestíbulo en un santiamén, y vio enseguida al hombre tendido en el reluciente suelo y a otro que sostenían otros dos. El primero parecía muerto, y tenía todo el lado derecho de la cara lleno de sangre. El segundo estaba herido, sangrando por el pecho y por un lado del cuello. *Mr*. Lawrence estaba llamando por teléfono. En la puerta de la casa apareció Smart, cojeando y empuñando una pistola provista de silenciador. Detrás de él, cómo no, aparecieron Wanda y Janice, ambas igualmente armadas y ataviadas con unos

bonitos vestidos de noche. Estaban encantadoramente inquietantes.

—¿Qué ha pasado? —exclamó Smart, deteniéndose.

—Han entrado intrusos en la quinta —explicó uno de los que sujetaban al herido—… Keating les disparó, le replicaron al fuego, y le hirieron; Chuck se acercó corriendo, y lo han matado —señaló al hombre tendido con la cara llena de sangre—… *Mr.* Lawrence está llamando a un médico amigo suyo.

—¿Y los intrusos? —preguntó Smart.

—Por supuesto han escapado. Pero los demás están vigilando bien, por si se les ocurre intentar algo. *Mr.* Lawrence cree que pretendían llevarse a la doctora Rossman y al profesor Lutz.

Smart miró hacia la puerta del comedor-salón, donde estaba Alvin y ahora también Margaretta. Iba a decir algo cuando *Mr.* Lawrence terminó de hablar, colgó bruscamente el auricular, y miró con evidente cólera a Smart.

—¿Qué hacéis vosotros aquí? —gritó.

—Bueno, estábamos tomando el fresco en cubierta y al oír los disparos…

—Malditos seáis… ¿Los habéis dejado solos en la reunión del yate? ¿Y si los intrusos intentan algo en el yate? ¡Imbéciles!

Smart, Wanda y Janice habían palidecido. Por un instante pareció que hubieran quedado convertidos en piedra, pero de pronto se precipitaron hacia la puerta, Smart casi corriendo pese a la herida de su pierna. Estuvo a punto de caer, pero Janice le sostuvo, y luego lo hizo Wanda por el otro brazo. Los tres desaparecieron en la oscuridad del exterior.

Mr. Lawrence comenzó a dar órdenes:

—Vosotros, dejad a ese sentado en el suelo y salid a registrarlo todo. ¡Y montad bien la guardia ahora, so cabrones…! ¡Esos intrusos han estado a punto de poder llegar hasta la casa! ¡Venga, salid de aquí y vigilad bien! ¡Y no vayáis a dispararle ahora al médico cuando llegue!

—No… No señor. Bueno, los intrusos no pudieron…

—¡Fuera de aquí! —aulló el gordísimo.

Se quedó en el vestíbulo con el cadáver del llamado Chuck y con el herido Keating, que le miraba con expresión mortecina. De pronto, el hombre se desplomó hacia atrás, y quedó inmóvil, sin sentido. Katy Osgood también apareció en la puerta del salón-

comedor.

—Deben de ser los rusos —dijo con voz un tanto crispada.

—¿De dónde sacas eso? —La miró vivamente *Mr*. Lawrence.

—Ellos ya asaltaron mi casa la otra vez… Sabían muy bien que mi marido y yo estábamos allí dentro. Y ahora debían de saber que estoy aquí, con el profesor Lutz y la doctora Rossman.

—Imposible… ¡Imposible que sepan eso! —rechazó *Mr*. Lawrence, con gestos irritados—. ¿Cómo demonios habrían de saberlo?

—Seguramente han seguido a los tres directivos —murmuró Katy—… Del mismo modo que unos te vigilaron a ti, los rusos han podido estar vigilando la People Industries después de investigarme y saber que yo estuve trabajando allí.

—¡Maldita sea! —bramó el gordísimo.

—La lógica es la lógica —intervino apaciblemente Alvin—: lo que ha dicho Katy no puede ser más razonable.

—Y creíble —dijo Margaretta—… ¡Ya me extrañaba a mí que fuese tan fácil despistar a los rusos!

Mr. Lawrence, que iba mirando de uno a otra, aspiró hondo, y masculló:

—Será mejor que vuelvan a terminar de cenar. Dejen todo esto en mis manos.

—Lo dejamos todo en sus manos —dijo Margaretta—, pero lo de terminar de cenar, después de ver tanta sangre no me parece fácil. En lo que a mí respecta prefiero retirarme a mi habitación. Buenas noches. ¿Vienes, querido?

—Creo que será lo mejor —asintió Alvin—. Buenas noches.

Se dirigieron hacia la escalinata que conducía al piso superior, donde estaban los dormitorios.

Segundos más tarde entraban en el suyo, conversando con toda naturalidad de la incidencia de la noche. Pero nada más entrar en su habitación Margaretta inquirió:

—¿A qué reunión del yate debe de referirse Lawrence?

—Se me ocurre que Warden, Taft y Kechtman simularon marcharse con el coche, pero tras alejarse un poco dieron la vuelta y regresaron aquí, para instalarse en el yate… Pero no tiene sentido: si querían reunirse, ya lo estaban, ¿no? Iban juntos en el coche… ¿Por qué reunirse en el yate? A menos…

—A menos que ellos tres se hayan reunido en el yate con otras personas.

—Sí. Bueno, tal vez deberíamos… abandonar nuestra pasividad. No podemos pasarnos todo el tiempo sin hacer nada. Lo mejor será que vaya a echar un vistazo a ese yate.

—¿Y por qué no voy yo? Soy más sigilosa que tú.

—Sí, pero para llegar al yate hay que nadar…, y no quiero que te resfríes: el agua está bastante fría.

—¿Y si fuésemos los dos?

—No —rechazó Alvin—. Tú te vas a quedar aquí. No sólo para impedir que alguien entre y se dé cuenta de que me he marchado por la ventana, sino porque si tienes oportunidad deberías ir al despacho y abrir esa caja para ver si dentro hay algo interesante. Y no discutimos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —suspiró Margaretta.

Alvin Lutz comenzó a quitarse la ropa, y Margaretta se dirigió al cuarto de baño. Entró decididamente…, y la punta del silenciador quedó a un palmo escaso de su rostro. La doctora Rossman respingó apenas, y su mirada fue hacia detrás del silenciador y de la pistola en la que había sido montado; fue hacia el crispado rostro del hombre alto, atlético y rubio, de ojos grises, que sostenía firmemente el arma…

—Pero no se te ocurra bajar al despacho si no estás completamente segura de que no te van a detectar —dijo Alvin, apareciendo en la puerta del cuarto de baño, quitándose la corbata—, porque a lo mejor…

El profesor Lutz enmudeció al ver la escena. Ni siquiera parpadeó mirando al atleta rubio vestido de negro y con manchas de sangre en un lado de la cara y en el jersey que ceñía su musculoso torso. El intruso miró a Alvin, pero la pistola seguía apuntando al rostro de Margaretta, que dijo:

—Permítanme presentarles: aquí, el profesor Alvin Lutz, aquí un espía ruso acosado.

—No se ponga nervioso —murmuró Alvin, mirando al intruso—… Podemos entendernos.

—No se pongan nerviosos ustedes —susurró el rubio, en perfecto inglés—. Yo no lo estoy.

—Tanto mejor —dijo Margaretta—. Pero está herido, y necesita

ayuda. Por suerte para usted ha caído en buenas manos.

—Ustedes no son médicos —frunció el ceño el ruso.

—Claro que no. Y tampoco somos científicos de nada. Somos espías, como usted, y estamos haciéndoles un pequeño favor a los de la CIA: nos pidieron que suplantásemos al profesor Lutz y a la doctora Rossman, y aquí nos tiene usted. ¿Cómo se llama?

—Boris.

—¡Hombre, no! —protestó Margaretta.

—Es un nombre tan útil como otro cualquiera. De modo que son de la CIA.

—No. Le he dicho que le estamos prestando este pequeño servicio a la CIA, que quiso tender una trampa a las personas que por dos veces habían intentado secuestrar al profesor Lutz y a la doctora Rossman. ¿Cuántos compañeros han venido con usted?

—Cien o más —dijo Boris.

—Cielos —abrió mucho los ojos Margaretta—… ¡Ha venido solo!

—He dicho que…

—Si hubiera dicho uno o dos más le habríamos creído —dijo Alvin—, pero sabemos muy bien que en nuestra profesión no se va por ahí en manada.

El ruso titubeó.

Margaretta le sonrió, y Alvin soltó un gruñido.

—¿Llevan armas? —preguntó de pronto Boris.

—Encima, no —explicó Margaretta—: las tenemos en el doble fondo de nuestras maletas. ¿Usted sabe a qué reunión se refieren? A la del yate, quiero decir: ¿Quién hay allí?

—Tres personajes de la People Industries, que simularon marcharse pero volvieron. Y también hay en ese yate cuatro suramericanos, que llegaron en una lancha que dejaron escondida entre unas rocas.

—Cuatro suramericanos… ¿Los conoce usted?

—No. Pensé en esconderme en su lancha, pero antes quise echar un vistazo a la casa, pues mientras ha sido de día no he podido acercarme.

—¿Cómo sabe usted que esos cuatro hombres son suramericanos? —preguntó Alvin—. ¿Los ha oído hablar?

—No hace falta. Los conozco bien, a los suramericanos. Pero no

me pregunten de qué país: soy listo, pero no tanto. Bueno, retrocedan: no vamos a pasarnos la vida aquí dentro.

—Pues es el mejor sitio para curarle esas heridas. Vamos, no sea terco y acepte nuestra ayuda. Ustedes ya tienen la fórmula del virus de Oliver Osgood, ¿no es cierto? Y en cuanto al antivirus —Margaretta rió quedamente— le aseguro que no seremos nosotros dos quienes puedan proporcionársela. Mire, Boris, hagamos un trato: nosotros le curamos, le ayudamos a escapar, y usted deja de fastidiarnos, ¿de acuerdo? Todo lo que queremos es ir a enterarnos del negocio que se está gestando en el *Atlantic III*.

—Creí que ustedes ya sabían de qué iba esto —frunció el ceño Boris.

—Nos han dado una explicación —asintió Alvin Lutz—, pero tenemos demasiadas experiencias repugnantes para confiar en la bondad del ser humano: eso de querer un antivirus para favorecer a la humanidad no nos parece creíble.

—¿No? —Parpadeó Boris—. ¿Pues para qué otra cosa puede quererse un antivirus?

Margaretta y Alvin se quedaron mirándolo mosqueados. Cierto: ¿para qué puede servir un virus sino para perjudicar y un antivirus para beneficiar? Durante unos segundos los tres espías estuvieron cambiando miradas de incomprensión. De pronto, Boris bajó la pistola, y se sentó en el bidé; evidentemente estaba muy afectado por las dos heridas, su fortaleza comenzaba a ceder.

—Ayúdale a quitarse el jersey —dijo Margaretta—. Y luego tráele uno de los tuyos.

Capítulo VII

Las explicaciones entre los tres espías habían terminado, y ya estaba Boris curado y vendado cuando oyeron en el pasillo del piso superior unas voces, y casi enseguida la llamada a la puerta.

—Vuelva al cuarto de baño, pronto —susurró Margaretta.

Boris titubeó apenas un segundo. Alvin esperó a que entrara en el cuarto de baño, y fue a abrir. *Mr*. Lawrence quedó ocupando el hueco, como un globo disfrazado de persona…, o viceversa.

—Siento molestarles, pero he pensado… ¡Cómo! ¿Todavía no se habían acostado?

—Hemos estado charlando. ¿Qué ocurre ahora?

Mr. Lawrence asomó la cabeza, vio a Margaretta sentada en un sillón al otro lado de la cama, sonrió, y entró en el dormitorio. Margaretta le miró sonriente a través del humo del cigarrillo recién encendido.

—¿Todo va bien, Lawrence? —se interesó.

—Sí, sí… Es decir, no sé. Precisamente he estado pensando en ello, y he llegado a conclusiones nada tranquilizadoras. Creo que lo mejor será que usted y el profesor se trasladen al yate.

—¿Ahora?

—Comprendo que es una molestia, pero… Bueno, no sabemos quiénes han venido aquí y qué buscaban, pero no queremos correr ninguna clase de riesgos con ustedes. Lo mejor es que regresen al yate con sus cosas y se alejen de Mayport. Pronto volveremos a vernos, y ya les habremos buscado otro lugar adecuado y seguro donde podrán trabajar tranquilamente.

—Sí, comprendo… Y tal vez tenga razón, Lawrence. ¿Sabe?, estábamos hablando de usted ahora mismo.

—¿De mí? ¿Y qué decían?

—Que es usted alto y esbelto como un cocotero —replicó Margaretta.

Alvin soltó uno de sus gruñidos.

—Déjate de bromas ahora. Mire, Lawrence, nos estábamos preguntando qué ha pasado realmente, pues la verdad es que estamos preocupados. Y ya que habla usted del yate, díganos: ¿qué clase de reunión hay allí?

—No se preocupen por…

—Escuche, tal vez para usted todo esto de andar a tiros por ahí y cosechando cadáveres sea muy normal, y hasta estamos dispuestos a creer que todo se hace para lograr una buena causa, como es la de la creación de antivirus… Pero a nosotros no nos hace gracia andar entre muertos y balas, no sé si me estoy explicando.

—Se está explicando —asintió *Mr*. Lawrence—, pero le ruego que espere por lo menos unas horas para volver sobre ese tema. Ahora lo que urge es que recojan sus cosas y vayan al yate. Uno de mis hombres les acompañará a la playa, con una linterna, para hacerle señales a Samley a fin de que envíe el bote a recogerles. Tiene mi palabra de que…

Poco a poco la voz de *Mr*. Lawrence parecía ir frenándose, bajando de tono al mismo tiempo; finalmente, fija la mirada en el suelo, quedó silencioso. Luego, lentamente, se desplazó dos pasos, se acuclilló, y deslizó uno de sus dedos enormes por el suelo, untándolo de aquella cosa brillante y oscura que le había llamado la atención, aquella mancha redonda. Frotó las yemas de sus dedos, parpadeó, y volvió la cabeza hacia Alvin.

Al hacer este gesto su mirada captó vagamente una presencia en la puerta del cuarto de baño. Miró vivamente hacia allí, y palideció al ver al atlético Boris apuntándole al pecho con la pistola.

—Ya se han complicado las cosas —masculló Alvin—. Maldita sea.

—Era de esperar, mi amor —dijo Margaretta—. Incluso nosotros cometemos errores: debimos examinar mejor el suelo. Será mejor que te asegures de que no hay nadie en el pasillo enterándose de lo que pasa aquí dentro. Veamos si conseguimos charlar inteligentemente con nuestro querido Lawrence.

Éste los estaba mirando ahora demudado el porcino rostro. Abrió y cerró la boca dos o tres veces, pero no dijo nada. Alvin Lutz abrió la puerta del dormitorio, miró hacia el pasillo, y cerró de nuevo.

—Todo tranquilo —informó.

Mr. Lawrence hizo el gesto para comenzar a incorporarse, pero Boris se lo prohibió con un gesto, se acercó a él rodeándolo, y desde atrás lo cacheó, quitándole todo lo que llevaba en los bolsillos, y que le fue devolviendo por el simple procedimiento de tirarlo al suelo ante él: billetera, pañuelo, llaves, encendedor, el juego electrónico, algunas monedas… Nada de armas. *Mr*. Lawrence se dedicó a recoger lentamente y en silencio sus cosas. No se oía ahora sonido alguno en ninguna parte. *Mr*. Lawrence consiguió ponerse en pie, y miró a los dos científicos.

—¿Qué clase de juego están haciendo ustedes? —murmuró.

—Nosotros haremos las preguntas —le replicó suavemente Margaretta—. Y aquí va una: ¿qué reunión hay en el yate?

—Simplemente, los directivos de la People quieren…

—Lawrence —cortó secamente Alvin—: sabemos que en el yate, con los tres directivos de la People Industries, hay cuatro hombres que al parecer son suramericanos. ¿Quiénes son, qué hacen ahí con Kechtman, Warden y Taft? ¿Qué es lo que realmente están tramando ustedes?

Mientras hablaba, Alvin se había quitado los lentes, y miraba a Lawrence con fría expresión. El gordísimo se pasó la lengua por los labios, miró a Margaretta, de nuevo a Alvin…

—¿Quiénes son ustedes? —susurró.

—Interesante pregunta después de nuestra prolongada y agradable relación —le contestó Margaretta—. Vamos, Lawrence, ¿de verdad no se dio cuenta de que Alvin y yo estamos disfrazados y maquillados? ¿De verdad no se dio cuenta de que gracias a ese maquillaje y postizos en cuerpo y cabellos y rostros nos parecemos bastante a Alvin Lutz y Margaretta Rossman… pero no somos ellos?

—No culpen demasiado a este hombre —dijo divertido Boris—: ustedes son formidables en sus disfraces, créanme. Incluso a mí me costó darme cuenta de que son más jóvenes de lo que parecen.

—Boris tiene razón —dijo Alvin—. Si nos disfrazamos es precisamente para eso, además. Así que deja de llamar tonto a nuestro amigo Lawrence, ya que no lo es más que los demás, y vamos a lo que interesa. Es decir, a la pregunta tan acertada que has hecho antes.

—Gracias, mi amor. Esperemos que nuestro amigo Lawrence sea

tan amable como tú y conteste con la verdad a mi pregunta: ¿qué es lo que realmente están tramando ustedes?

Mr. Lawrence estaba sudando.

Sacó el pañuelo, y se lo pasó por su cara de luna llena gordinflona.

Nadie se alarmó por el hecho de que metiera la mano en un bolsillo, pues sabían que no llevaba armas.

—Podrías contratarte para ofrecer sistemas de adelgazamiento —dijo Alvin—. Sólo con una sencilla pregunta y fíjate cómo está perdiendo peso nuestro amigo Lawrence.

—¿Tú crees que perderá mucho peso?

—Tal parece que esté en una sauna. Y en las saunas es bien sabido que se pierde peso, ¿no?

—Tienes razón. Pero a mí las saunas no acaban de convencerme: es verdad que primero pierdes peso, pero luego tienes mucha sed, bebes lógicamente mucha agua, y vuelves a engordar. Porque el agua engorda, ¿lo sabías?

—¡Qué ha de engordar el agua! —rechazó Alvin—. ¡Claro que no!

—Que sí, mi amor. Y si no, mira a Lawrence: ¿qué está saliendo de su cuerpo? Pues agua. ¿Qué quiere decir eso? Pues que dentro del cuerpo tiene mucha agua. ¿Y cómo es su cuerpo? Pues gordo. Y si está gordo y tiene mucha agua… ¿qué otra cosa sino mucha agua ha podido ponerlo tan gordo?

—Tendré que pensarlo.

—Está bien. Pero no seas tan lento en pensar como nuestro amigo Lawrence. ¿Tendré que repetir de nuevo la pregunta, Lawrence?

Éste, que había estado mirando estupefacto de uno a otro espía mientras sostenían tan «interesante» conversación, reaccionó, parpadeando. El rubio Boris sonreía irónicamente, fija su malévola mirada en el gordísimo, que metió la mano en el bolsillo, y sacó el pañuelo, al mismo tiempo que su juguete electrónico…

En aquel instante se oyó un taconeo en el pasillo, el pomo de la puerta giró, y ésta fue empujada por Katy Osgood, que entró decididamente, diciendo:

—Lawrence, yo ya est…

Fue una escena rápida y de una violencia espantosa: Katy

terminó su frase con un gritito atragantado de sobresalto al ver a Boris pistola en mano; Lawrence separó el juego electrónico del pañuelo y lo tiró hacia el ruso que captó el gesto y disparó. Simultáneamente, Margaretta gritó, y se dejó caer del sillón al suelo, al otro lado de la cama, y Alvin Lutz, con una velocidad y agilidad que habría sorprendido a cualquiera, efectuaba un salto por encima de la cama que lo llevó al lado de ésta donde se hallaba Margaretta…

La explosión se produjo cuando Alvin todavía estaba cayendo sobre el cuerpo de Margaretta. Pareció talmente que la habitación fuese a reventar envuelta en la llamarada. Se oyó, como continuación, el alarido de Katy Osgood, que salió despedida fuera del dormitorio por la fuerza de la onda expansiva, que arrancó sus ropas como si fuesen de papel y abrasó todo su cuerpo por la parte delantera y de pies a cabeza.

Ante la puerta del lavabo, el espía ruso Boris saltó hacia arriba y atrás, brutalmente reventado y abrasado…, mientras su bala atravesaba la papada de Lawrence, salía por la nuca, y lo dejaba sentado en el sillón como un enorme sapo de ojos casi fuera de las órbitas.

El ruso se desplomó como un gran paquete de carne triturada, y en el pasillo sonó el impacto del cuerpo de Katy contra la pared del otro lado, y, enseguida, sus gritos desgarradores.

Fuego, humo y polvo comenzaron a manifestarse en el dormitorio Al otro lado de la cama Alvin Lutz se puso en pie, como rebozado en harina y carbón a la vez, y exclamó:

—¡Salgamos de aquí!

—¿Qué dices? ¡No te oigo!

Él la agarró de un brazo, la puso en pie, y tiró de ella hacia la puerta. Salieron al pasillo, mientras dentro del dormitorio el fuego se propagaba rápidamente.

Abajo, en el vestíbulo, los hombres de Lawrence gritaban, y corrían ya dispuestos a alcanzar el piso superior. Frente a los dos científicos, convertida en un espeluznante espantajo de carne quemada, Katy Osgood profería horribles alaridos, intentando levantarse sin conseguirlo…

—¡No oigo nada! —gritó Margaretta—. ¡No oigo nada, la explosión me ha dejado sorda! ¡No oigo nada, nada…!

Alvin se abalanzó al interior de la habitación, recogió del suelo la pistola de Boris, y regresó al pasillo. Tres hombres aparecían en éste procedentes del vestíbulo, y Alvin señaló a la aullante Katy.

—¡Tienen que llevarla a un hospital enseguida, o llamen una ambulancia…! ¡Lawrence ha muerto! ¡Y nosotros tenemos que llegar al yate!

—Pe-pero… pero ¿qué… qué ha pasado? —tartamudeó uno de los sujetos armados.

—Lawrence llevaba una bomba encima: el jueguecito de los boxeadores contenía una carga explosiva que ha matado al ruso… Estaba en nuestro cuarto de baño sin que nosotros lo supiéramos, pero Lawrence se dio cuenta de ello…, y el ruso le disparó mientras Lawrence le arrojaba el juego electrónico…

—¡Alvin! —gritó Margaretta—. ¡Alvin, no oigo nada…! ¡Oh, Dios mío, me he quedado sorda…!

—Uno de ustedes tiene que acompañarnos a la playa —dijo cada vez más aparentemente nervioso Alvin Lutz—, pues Lawrence nos dijo… No… Será mejor que se ocupen de esto. ¡Margaretta y yo iremos solos allá! ¿Quién tiene la linterna?

—Yo —dijo uno de los hombres, sacándola de un bolsillo.

—¿Hay que hacer alguna señal especial?

—Tres destellos cortos y tres largos. Es muy simple.

—¡De acuerdo!

Alvin Lutz tomó de una mano a Margaretta Rossman, y tiró de ella hacia el vestíbulo. Fueron tan rápidos que ni siquiera dieron tiempo a los tres hombres a sorprenderse precisamente de la agilidad de dos personas que, aparentemente, habían rebasado ya los sesenta años de edad. Katy Osgood seguía gritando bestialmente, y todavía se oía cuando salían de la casa, frente a la cual había dos hombres más, indecisos.

—¡Suban! —gritó Alvin—. ¡Los necesitan arriba!

Los dos hombres entraron rápidamente, y Margaretta retuvo de una mano a Alvin cuando éste quiso reanudar la carrera hacia la playa.

—¡No oigo nada! —insistió.

—¡Calla y corre!

—¡Te digo que no oigo nada…!

—¡CORRE!

Tiró de ella, y Margaretta tuvo que desprenderse de los zapatos de tacón alto para poder sostener el ritmo de marcha de Alvin. Por fortuna, la distancia hasta la playa no era excesiva. Vieron el yate anclado, y Alvin procedió a hacer las señales. Casi en el acto le contestaron del mismo modo desde el yate.

—Mucho cuidado con Smart y sus dos asesinas —dijo Alvin—… Tal vez sería mejor que fuésemos en busca de la lancha de esos suramericanos que dejaron escondida por aquí, en lugar de…

—Alvin, ¿qué estás diciendo? —Lo miraba Margaretta, con los ojos muy abiertos—. ¡No oigo nada! ¡Dios mío, ni siquiera oigo el mar!

—Pero… ¿estás hablando en serio? —comenzó él a preocuparse.

—¿Qué dices?

Alvin Lutz la abrazó, y volvió a mirar hacia el yate, desde el cual se acercaba el bote. Lo manejaba el propio Samley, que colocó la plancha. Margaretta y Alvin la recorrieron sin tropiezo alguno, y el bote emprendió el regreso hacia el yate.

Cuando accedían a la cubierta de éste vieron a Wanda y a Janice. No se veía por parte alguna a Smart.

—Hay que zarpar —dijo Alvin—… ¡Lawrence quiere que zarpemos inmediatamente!

—Ya lo sabemos —dijo Janice—. Tranquilo, profesor.

—Tranquilo, ¿eh? ¡Si supiera usted lo que ha pasado…!

—¿Qué ha pasado? —se alarmó Wanda.

—Han atrapado a un ruso que ha organizado una masacre… ¿Dónde está Smart? Lawrence quiere que vaya a la casa, necesita su ayuda.

—¡Voy a buscarlo! —exclamó Janice—. ¡Está descansando, porque le duele la herida, pero vendrá ahora mismo!

Janice desapareció en el interior del yate, y reapareció antes de un minuto, ayudando a caminar a Smart, que no parecía precisamente de buen humor, y que llegó mascullando órdenes:

—Está bien, Janice y yo vamos a ver qué podemos hacer en la casa. Wanda, tú quédate aquí. Vamos, Samley, llévanos a la playa.

—De acuerdo. ¡Eh, Sonder, pon en marcha los motores!

Apareció Sonder y el otro componente de la tripulación del yate, y ambos se metieron en la cabina de mandos, mientras Samley bajaba de nuevo al bote, y entre él y Janice ayudaron a hacerlo a

Smart, que no cesaba de refunfuñar. El bote comenzó a alejarse.

—No me gusta esto —murmuró Janice—... Smart y nosotras no acostumbramos a separarnos.

—¿Qué dice? —Se llevó una mano a una oreja Margaretta Rossman.

—¿Qué le pasa? —se sorprendió Wanda.

—Se ha quedado sorda —explicó Alvin—. Esperemos que sea sólo momentáneamente. ¿Están abajo los directivos de la People y los cuatro suramericanos?

—Sí. Están... ¿Quién le ha dicho que hay a bordo cuatro suramericanos?

—Lawrence, naturalmente.

—Ah... ¿Sí? Bueno, claro, si tenía que enviarlos aquí...

—¿Qué dice? —preguntó Margaretta.

Posiblemente Alvin le habría contestado de un modo u otro, pero en aquel momento vio llegar a la playa dos o tres hombres. En la quietud del mar sus voces parecieron deslizarse sobre las aguas. Los recién llegados gritaban y gesticulaban.

—¿Qué dicen? —preguntó Margaretta.

—Dicen —la miró fríamente Wanda— que Lawrence está muerto, y que sospechan que ustedes han tenido que ver algo en eso.

—Pues sí que han tardado en darse cuenta —sonrió no menos fríamente Alvin Lutz.

En el mismo instante en que Wanda sacaba su pistola, Smart y Janice, que todavía habían oído mejor la información gritada desde la playa, se volvían hacia el yate, ambos blandiendo asimismo sus armas y gritando Smart:

—¡Wanda, ten cuidado! ¡No sabemos qué...!

Wanda gritó, al recibir en pleno vientre el impacto del puño de la doctora Rossman, que le produjo la sensación de una lanza atravesándola; simultáneamente, la doctora se apoderaba de la pistola de Wanda arrebatándosela con gran habilidad. Desde el bote, todavía bastante cercano al yate, Janice y Smart vieron, aunque confusamente, el breve forcejeo, suficiente para comprender que las cosas no iban bien.

—¡Dispárale al profesor...! —gritó Smart.

Efectivamente, la doctora Rossman no oía nada, pero su vista

seguía siendo magnífica, así que vio a los dos asesinos apuntando sus armas hacia el yate. No titubeó ni un segundo en disparar con la pistola de Wanda, acertando en pleno pecho a Janice en el momento en que ésta disparaba…, y le metía la bala en la nuca a Wanda en el momento en que ésta se incorporaba con un esfuerzo.

Wanda ni siquiera gritó. Ante los ojos de Margaretta, su cabeza estalló al salir por lo alto de la cabeza la bala entrada en diagonal por la nuca Al mismo tiempo, empujada por la bala disparada por Margaretta, Janice caía de espaldas al agua, y desaparecía quietamente hacia el fondo. Y todo al mismo tiempo Samley lanzaba un grito cuando, alcanzado en un ojo por la bala disparada por Alvin Lutz, Smart giraba y caía muerto sobre él. Samley soltó los remos, aturdido, y se quedó mirando a Smart, sosteniéndolo en sus brazos y viendo el horror de su ojo izquierdo reventado, y la crispación rabiosa del bello rostro.

Comprendiendo por fin y de pronto lo que estaba sucediendo, Samley empujó a Smart, vio su pistola en el fondo del bote, la agarró, y se puso en pie, apuntando hacia la borda del yate, buscando un blanco con la mirada…

Plop, disparó desde el yate Margaretta Rossman, mientras Alvin Lutz corría hacia la cabina de mando.

Samley no se enteró de nada. Recibió el balazo en el pecho, se sentó de nuevo a los remos, y quedó echado hacia estribor, con el cuello torcido. Desde la playa les estaban disparando, pero Margaretta no oía nada. Veía los puntos de fuego, pero no les hizo ni caso, sino que corrió en pos de Alvin.

Éste, que mientras corría había disparado hacia la cabina, llegó a la puerta de ésta, por la que salió el tripulante ayudante de Sonder, pistola en mano, y dando tumbos. Sonder no tuvo tiempo ni de soltar los mandos: la pistola empuñada por Alvin Lutz quedó a un centímetro de su nariz.

—Sal de ahí —ordenó secamente Alvin.

Sonder no se lo pensó ni una milésima de segundo. Salió, alzando los brazos para poner en evidencia su buena voluntad…, y recibió en los testículos un rodillazo espantoso que lo derribó por cubierta casi desvanecido. Alvin lo agarró por la ropa, lo arrastró, y lo arrojó por la borda. Margaretta, que estaba a los mandos, dijo:

—Ya habían recogido el ancla. Podemos zarpar.

—Pues zarpemos.

—¿Qué dices?

—¡Que zarpemos! ¡Vamos a buscar un sitio más tranquilo que éste donde echar el ancla!

* * *

—Nos hemos vuelto a detener —dijo Taft—, y han vuelto a echar el ancla. A ver si viene Samley y nos explica qué es lo que está pasando. Aunque quizá sea el momento de ir a echar un vistazo… Ya vuelvo.

Se puso en pie y abandonó la reunión que se celebraba en el salón. Efectivamente, había allí, además de Warden y Kechtman, cuatro hombres cuyo aspecto los definía incuestionablemente como latinos. Los cuatro vestían de paisano, pero uno de ellos, el de más edad, tenía un porte inconfundible de militar. De los otros tres, uno debía de tener alrededor de cincuenta años, y los otros poco más de cuarenta.

—En definitiva, y para no cansarles más por esta noche —dijo Noah Warden—, la idea es buena y nos conviene a ambas partes. A ustedes porque darán una lección a su pueblo, y a nosotros porque comenzaremos nuestra campaña de promoción de la People Industries a nivel mundial y con un gran éxito. Y en cuanto a sus rivales políticos, después de que se les acuse de haber lanzado el virus más les valdrá desaparecer, pues de otro modo…

Noah Warden fue interrumpido por el brusco regreso de Taft, que entró dando vueltas y traspiés y fue a caer en el centro del salón, ante los atónitos ojos de los allí reunidos.

Taft se sentó rápidamente, echando sangre por la nariz, y se volvió a mirar con expresión desorbitada hacia la entrada, donde habían aparecido ya, armas en mano, el profesor Lutz y la doctora Rossman.

—Muevan solamente una pestaña —dijo Alvin Lutz— y yo les cerraré los ojos para siempre.

Taft sacó un pañuelo y se lo puso ante la boca y la nariz. Los demás estaban pálidos, demudados.

—¿Qué significa esto, profesor? —murmuró por fin Warden.

—Dígamelo usted —deslizó Alvin Lutz—, que sabe de qué va,

pues le he oído decirlo. ¿Qué es eso de arrojar un virus?

Noah Warden apretó los labios. Alvin alzó las cejas, como divertido. Miró a Kechtman, a Taft, y de nuevo a Warden…, que se estaba dando cuenta consciente de lo cambiado que aparecía el profesor Lutz, que parecía más alto, más joven y fuerte, y no llevaba sus lentes de gruesos cristales. Todo esto además de empuñar una pistola, claro está.

—¿No quieren contestar? —Alvin pareció morder una sonrisa que puso los pelos de punta a los reunidos—. Miren, vamos decir las cosas claras desde este mismo momento: yo iré preguntando a ustedes lo que se me ocurra, uno por uno, y al que no conteste de inmediato a mi pregunta lo mataré. ¿Comprendido? Muy bien. Veamos, señor Warden: ¿qué decía usted de lanzar unos virus?

Warden aspiró hondo, y volvió a apretar los labios.

Alvin Lutz le apuntó con la pistola al corazón, y apretó el gatillo.

Plop.

La bala perforó el cuerpo de Noah Warden, y partió el corazón. Con el rostro descompuesto por el dolor y la muerte súbita, Warden quedó sentado en el sillón, bajo la aterrorizada mirada de los otros seis hombres.

—Su turno, señor Kechtman —dijo suavemente Alvin Lutz—: ¿qué es eso de arrojar un virus?

Este es el final

—Pero esto es… es espantoso, es increíble —murmuró Frank Minello—… ¡Es horrible!

Acababa de escuchar el relato de la curiosa historia de People Industries, que Número Uno había relatado sin dejar pendiente ni un solo detalle. De cuando en cuando Charles Alan Pitzer. Jefe del Sector New York de la CIA, que también se hallaba en el salón del apartamento de Brigitte, añadía alguna información o comentario, bajo la atenta mirada de Brigitte, que seguía sin oír nada.

—Horrible pero cierto, Frankie —dijo por fin Número Uno.

Minello miraba a Pitzer, y éste miraba a Brigitte, sentada junto a Número Uno en el sofá.

—¿Qué le parece todo esto, viejo buitre? —inquirió Minello—. Apuesto a que no está tan impresionado como yo.

—Claro que estoy impresionado —gruñó Pitzer—. Solamente gente sin corazón no se impresionaría con una cosa así, Frankie.

—Pandilla de criminales. O sea, que para promocionarse primero se hacen fabricar un virus mortal que piensan arrojar sobre un país, y luego se hacen fabricar un antivirus para dárselas de buenos y salvadores y conseguir así hacer famosa y querida a la People Industries, al salvar a todo un pequeño país de los efectos de ese virus… Pero eso no es nada si lo comparamos con lo que pretendían hacer aquellos suramericanos: nada menos que ofrecían su país como «banco de pruebas» del virus y del antivirus, a fin de acusar a los de la oposición política de haber sido los causantes de arrojar los virus, y atribuirse luego ellos, con la colaboración «desinteresada» de la empresa norteamericana People Industries y su antivirus, la salvación de su país de los «manejos criminales» de la oposición política y militar. ¡Es el plan más criminal que he conocido en mi vida!

—Y todo ello, para ganar dinero con la People, por un lado, y

por el otro conseguir el poder en un país ya maltratado y expoliado —movió la cabeza Pitzer—… Bueno, está visto que el mundo está cada día más podrido.

—¿Qué dice? —preguntó Brigitte.

—¡Calla, tonta! —exclamó Minello—. ¡No sabes la suerte que tienes de estar parcialmente sorda y así no oír según qué cosas! A propósito, Uno, ¿cuánto durará la sordera de Brigitte?

—Una semana como máximo, según el médico.

—Pues eso va a evitarle disgustos. ¡Dejará de enterarse de cosas tristes!

—Claro que no —murmuró Número Uno, apretando suavemente la cintura de Brigitte—. ¿Has olvidado que ella puede entender perfectamente lo que decimos viendo el movimiento de nuestros labios?

—Pero entonces ¿por qué está preguntando en todo momento, a qué viene ese «¿qué dices?»?

—Porque a veces, Frankie, es natural que ella prefiera estar sorda a oír según qué cosas.

—Eso es verdad…, pero no concuerda con la personalidad de Brigitte, con su temperamento. Bien, ¿qué pasó con aquella gente del yate, por fin?

—Les jugamos una mala pasada Brigitte y yo: simulamos que los dejábamos marchar libremente, pero por medio de los servicios de comunicación de la CIA avisamos al servicio secreto del país suramericano en cuestión, advirtiéndole que en el yate *Atlantic III* viajaban tales y tales señores que habían planeado hacer tal y cual cosa en su país.

—¿Y qué hicieron los del servicio secreto de ese país?

—Enviaron un caza cuando el yate estuvo en aguas internacionales del Caribe, y lo ametrallaron hasta hundirlo, naturalmente con todos los criminales dentro.

—Demonios, eso sí que estuvo bien. ¡Y encaja perfectamente con la manera de ser y de obrar de la agente Baby!

—¿Qué dices, Frankie? —preguntó Brigitte.

—¡Que cada día estoy más loco por ti!

—Gracias, querido —sonrió deliciosamente la espía más peligrosa del mundo, mirando los labios de Minello.

—¡Y que cada día que pasa estás más encantadora y maravillosa!

—Te lo agradezco mucho —rió Brigitte—. Bien, aunque esté sorda, supongo que puedo proponer un brindis, ¿no es cierto? Vamos a brindar por la destrucción de la fórmula de un virus criminal y por la eliminación de quienes querían convertir su propio país y el mundo entero si así les convenía en la más grande sepultura.

—¡Ellos sí que fueron a parar a la más grande sepultura! —exclamó Frankie.

—Se refiere al mar, supongo —dijo Pitzer.

—No. No exactamente y específicamente al mar. Me refiero a la tumba de los criminales, que son olvidados por su pueblo y por toda la humanidad. Porque… ¿acaso hay una sepultura más grande que la de ser olvidado porque recordarlos causa horror e indignación?

—¿Qué dices, Frankie? —preguntó Brigitte.

—Que nunca te olvidaré —murmuró Minello.

FIN